

Más allá del territorio
La historia regional y local como problema
Discusiones, balances y proyecciones



prohistoria
ediciones

Sandra R. Fernández
compiladora

Más allá del territorio
La historia regional y local como problema
Discusiones, balances y proyecciones



Sandra R. Fernández
compiladora

Fernández, Sandra

Más allá del territorio: la historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones
- 1a ed. - Rosario: Prohistoria Ediciones, 2007.

V. 5: 182 p.; 23x16 cm. (colección Actas, 5, dirigida por Elisa Caselli)

ISBN 987-22462-0-3

1. Historia. I. Título

CDD 900

Fecha de catalogación: 29/09/2005

colección actas - 5
ISSN 1668-5369
dirigida por Elisa Caselli

Composición y diseño: Liliana Aguilar

Edición: Prohistoria Ediciones

Diseño de Tapa: Tomasso Campanelarco

Ilustración de Tapa realizada sobre la base del mapa que Juan de la Cosa confeccionara para los Reyes Católicos (Santa María, 1500).

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS
HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Sandra Fernández – 
Tucumán 2253, (S2000JVA) – ROSARIO, Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Cromografica, Rosario, en el mes de julio de 2007. Se tiraron 500 ejemplares.

Impreso en la Argentina

ISBN-10: 987-22462-0-3

ISBN-13: 978-987-22462-0-4

Índice

<i>Introducción</i>	9
Sandra R. Fernández	
<i>Más cerca, más denso.</i>	
<i>La historia local y sus metáforas</i>	17
Justo Serna-Anaclet Pons	
<i>Los estudios de historia regional y local:</i>	
<i>de la base territorial a la perspectiva teórico-metodológica</i>	31
Sandra R. Fernández	
<i>Nuevas investigaciones, otra historia:</i>	
<i>la Patagonia en perspectiva regional</i>	47
Susana Bandieri	
<i>El significado de la historia local en la región de la frontera sur.</i>	
<i>El caso de Tandil</i>	73
Andrea Reguera	
<i>Procesos espaciales y ciudad en la historia colonial rioplatense</i>	95
Darío G. Barrera	
<i>Historia cultural de las ciudades e historia de los imaginarios urbanos.</i>	
<i>Argentina y América Latina</i>	109
Diego P. Roldán	
<i>Lucha de clases: contexto local y experiencia de los actores.</i>	
<i>Notas en torno a un ejercicio de investigación</i>	
<i>desde la perspectiva regional</i>	137
Débora Cerio	

<i>Dictadura, sociedad y pasado reciente en un contexto regional: el Gran Rosario entre 1976 y 1983</i>	155
Gabriela Aguila	
<i>La historia local como contenido de enseñanza</i>	169
Elvira Scalona	

Introducción

SANDRA R. FERNÁNDEZ

El dinamismo y la vitalidad de los estudios regionales y locales dentro de la historiografía argentina no han dejado de sorprenderme a lo largo de los últimos años. Múltiples temas, abordajes originales y desarrollos diferenciados, aplicados en análisis sobre diversos procesos y épocas históricas, son algunos de los rasgos más significativos desplegados por este perfil historiográfico.

La perspectiva de lo *local* y *regional* ha tenido como continente más antiguo y extenso a la historia social; a este horizonte se le suma una vocación interdisciplinaria que no siempre han manifestado otras orientaciones dentro de la Historia. Desde esta búsqueda inicial hasta la vitalidad señalada anteriormente, ha habido distintos recorridos, diversas vías de acercamiento que, encontrándose a veces y distanciándose otras, han mostrado una profunda capilaridad e interacción.

La evolución no ha sido pareja, ni tampoco puede ser encuadrada exclusivamente dentro de una línea de tratamiento en virtud de los alcances metodológicos de este tipo de análisis. Como resultado, los trabajos encuadrados como estudios regionales y locales deben considerarse un gran mosaico, donde la composición del diseño es plural y compleja, ajustada a los tiempos de la producción historiográfica internacional, mostrando signos no sólo de un carácter multifacético sino, a veces, también fragmentado. Pero, como muy bien señala Alan Knight,¹ dentro de esta gama de voces históricas altisonantes la problemática de la historia regional y local latinoamericana ha mostrado una madurez que la ha colocado como una de las líneas sobresalientes dentro del campo de la Historia; su frondosidad marca no sólo una clara reacción en contra de los énfasis iniciales que ponían el acento en el estudio de los Estados nacionales sino, fundamentalmente, una renovación del aparato teórico-metodológico para enfocar y llevar adelante una investigación de tinte regional y local sobre el arduo e impredecible espacio latinoamericano.

Siguiendo este curso de pensamiento, a la historiografía argentina puede aplicarse la primera fase del diagnóstico. Sin embargo, es necesario matizar la evaluación en torno de la segunda parte de esas afirmaciones. Es por todos conocido que la dinámica de los estudios regionales y locales en el ámbito de la historiografía argentina comenzó a gozar de legitimación recién en estos últimos años, merced a una activa participación y producción impulsada desde distintas unidades académicas. ¿Qué ocurrió antes? ¿Es posible que una desajustada delimitación terminológica o una voluntad de

¹ KNIGHT, Alan "Latinoamérica: un balance historiográfico", *Historia y Grafía*, enero-junio, 1998. http://www.hemerodigital.unam.mx/ANUIES/ibero/historia/historia10/sec_8.html.

generalización en pos de la comprensión de procesos nacionales hicieran que destacados estudios realizados en clave regional fueran incorporados bajo el rótulo de nacionales? Ya fuera por esto o por otros factores, la historiografía argentina tuvo una consideración diferente respecto de los estudios regionales y locales a la del resto de las historiografías, tanto latinoamericanas como europeas. Entre algunas carencias, manifestó un sintomático exceso por extender los resultados de análisis recortados sobre realidades diferenciadas al espectro nacional y diluyó durante un tiempo la siempre bienvenida posibilidad de análisis comparativos –tarea cumplida en estos últimos diez años, por ejemplo, de la mano de colecciones que apuntaron a saldar la deuda historiográfica en este sentido.

Evidentemente, hubo diferencias entre singulares y enriquecedores aportes y estudios, con un marcado espíritu de interpretación de un todo a partir del análisis pormenorizado de lo singular, y acrílicas contribuciones que trasladaban su esfera de estudios al referente nacional, bajo la simple fórmula retórica de hablar de la problemática argentina.

Por lo tanto, y quizás más tardíamente que otras historiografías –recordemos el debate alrededor de los estudios regionales y locales realizado en Brasil durante los años 1980s.–, la sistematización de estos trabajos en nuestro país no sólo ha permitido ampliar el conocimiento sobre un vasto campo sino que, en especial, ha abierto la puerta a nuevas perspectivas metodológicas de trabajo.

Producto de ese camino es este libro. Consciente de las preocupaciones crecientes alrededor de la problemática de lo regional y local, siempre interesada por los derroteros y alcances de las investigaciones históricas orientadas por esa expresión historiográfica, he intentado, creo que con mucho éxito, reunir una serie de trabajos que son una muestra acabada del espíritu y de los horizontes de los estudios regionales y locales dentro del campo de la Historia.

Los textos reunidos en esta compilación han sido realizados por historiadoras e historiadores argentinos, con la sola excepción del trabajo de Analet Pons y Justo Serna. A partir de investigaciones de base han repensado las cuestiones referidas a lo local y a lo regional, trasladando a sus escritos su caudal de experiencia y su voluntad de aplicar una mirada crítica e informativa sobre los tópicos que nos convocan en esta empresa.

La inclusión del trabajo de los colegas valencianos es el puntapié inicial de la intención reflexiva en relación con la problemática de la historia local y regional. El aporte es muy valioso porque Serna y Pons exponen diferentes entradas para teorizar sobre la categoría *lugar* y sobre los distintos sentidos y acepciones dados desde la práctica historiográfica a la calificación de historia local. El recorrido que traman revisa, o mejor aún revisita, las producciones desde las ciencias sociales –en especial las europeas y estadounidenses– contemplando la discusión y convenciones derivados del fenómeno de “lo espacial”; en segundo lugar, articula una certera exposición alrededor del carácter constructivo del tópico de “lo local” en relación no sólo con la

delimitación de un objeto de estudio, sino con el artefacto historiográfico que persigue aunar localidad y universalidad.

Pero, por otro lado, el capítulo de Serna y Pons me permite introducir mi escrito en torno de las inflexiones que la historia regional y local han ofrecido como fórmula historiográfica dentro de nuestro medio. En este sentido, el trabajo intenta recorrer los hitos que ha presentado la evolución de los estudios regionales y locales, desde la más antigua variable territorialista hasta las más novedosas puestas que relacionan problema y objeto de estudio, resaltando fundamentalmente las formas de acercamiento teórico-metodológicas. Dentro de este desarrollo, el capítulo penetra, además, en las diferentes facetas que puede ofrecer la demarcación de lo regional y lo local, ya sea desde las posturas más ingenuas hasta las delimitaciones de lo sensible e identitario percibidas por los individuos y por los colectivos sociales.

Al comienzo de esta introducción planteaba que no ha sido pareja la forma de acercamiento a los estudios regionales y locales en nuestra historiografía. De hecho, hay unidades académicas que pueden ser claramente referenciadas como particularmente comprometidas con esta problemática: un ejemplo de ello es el de la Universidad Nacional del Comahue, donde esto ha sido posible gracias a la organización de distintos grupos de estudios, centros y programas de investigación orientados por lo regional y local. No obstante, no fue tal estructuración la que permitió, por sí misma, la evolución de este enfoque historiográfico, sino que desde ella se inició una producción de conocimiento que en estos últimos veinte años cristalizó en numerosas obras y artículos. De entre los numerosos colegas dedicados a esta tarea en ese ámbito, el nombre de Susana Bandieri aparece como uno de los más representativos, no sólo por sus textos consagrados a la historia de la Patagonia sino, en especial, por un buen número de artículos y participaciones académicas en los que plantea el debate alrededor de los alcances del concepto de región y la discusión metodológica en torno de la problemática de lo local y lo regional. Justamente, el compromiso de la autora con los estudios regionales y locales y su extensa obra sobre la norpatagonia le han permitido formalizar su colaboración en esta compilación aunando ambas facetas. Por un lado, Bandieri introduce su texto con una puesta en común relativa a los lazos existentes entre la historiografía regional argentina, como una práctica consolidada, y los diferentes modelos interpretativos que, surgidos en distintos contextos del campo de las ciencias sociales, impactaron sobre la realidad académica de nuestro país. Ese es el preámbulo adecuado para pasar de lleno al objeto central de su análisis, que es el planteo de la realidad actual de los estudios de historia regional y local, y la retrospectiva de su evolución. En este capítulo, Bandieri indica que las investigaciones sobre la Patagonia en clave regional han servido para posicionar de otra manera a un ámbito territorial que usualmente se presumía ocupado social y económicamente desde un eje atlántico, mostrando un Estado nacional extremadamente exitoso en su penetración sobre los espacios hasta entonces dominados por los indígenas. Por otro lado, esta autora se detiene en una reflexión medular para el tema que nos convoca: la delimita-

ción de lo históricamente regional en relación con una preocupación persistente en torno de los cambios en la larga duración, atendiendo especialmente al conocimiento de procesos sociales que se comprenden y estructuran en un espacio y un tiempo determinados.

Esa clave reflexiva me permite presentar el trabajo de Andrea Reguera, que se encuentra integrado en una línea de producción de conocimiento ligada a los estudios rurales focalizados en las dinámicas de los procesos regionales, que se realizaron desde la esfera de acción de otra activa unidad académica: la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires. En tal sentido, el texto de Reguera es una vuelta de tuerca alrededor de la importancia de la historia local en una escala regional para comprender las formas que adquieren las articulaciones de los individuos entre sí y que hacen funcionar a la comunidad, en tanto formas de expresión de lo social en contextos determinados espacialmente. De alguna manera, el texto de Reguera retoma una preocupación que sobrevuela los trabajos que lo anteceden: la pretensión de pensar lo local en movimiento, en la composición de los variados cuadros cual fotogramas de lo social. Por ello, la virtud central de este texto es la potencialidad expresiva de su abordaje en relación con la emergencia de una unidad de análisis que sólo es plausible desde la articulación entre comunidad y espacio local, pero también desde un marco de referencia que las contiene.

Dentro de las inquietudes develadas por la historia regional y local, aparece cada vez más fuerte el interés por la problemática de la historia urbana, la historia de la ciudad, los procesos urbanos y un buen número de proyecciones cercanas a estos temas. Sustancialmente, este aspecto se encuentra integrado en esta compilación por las participaciones de Darío Barrera y Diego Roldán respectivamente. Para ambos autores la problemática de la ciudad es un horizonte de estudio historiográfico, pero cada uno de ellos se permite una estrategia diferente para abordarlo. Barrera parte de lo singular y lo intenso; Roldán, de lo general y lo polémico.

Efectivamente, Barrera compone su colaboración como un delicado y sutil análisis en torno del texto de Rodolfo González Lebrero (*La pequeña aldea...*), obra que, por otro lado, casi es tomada como excusa para componer un diseño alrededor del estudio de los fenómenos espaciales, como procesos sociales temporalmente ubicados. Por lo tanto, el juego de lectura del capítulo de Barrera se establece desde una doble entrada: el examen del libro de González Lebrero y su voluntad de disponer una hoja de ruta conceptual acerca de la “espacialidad” de las expresiones regionales y locales dentro de los procesos históricos. La estrategia rinde sus frutos no sólo a partir de la dinámica textual sino, sobre todo, porque consiente al lector al reagrupar el recorrido teórico-metodológico y la puesta en escena del caso ejemplar.

Diego Roldán elige una estrategia más clásica pero no menos efectiva. La claridad exhibida desde el mismo título de su contribución no deja dudas acerca de cuál es su objetivo. Ciertamente, su texto se arma desde una secuencia historiográfica en torno de la historia cultural de las ciudades y la historia de los imaginarios urbanos.

Debates, acercamientos y discusiones son puestas al día por Roldán, lo cual le permite reflexionar acerca de los cambios de sentido entre ciudad y urbano, cultura e imaginario propuestos por las ciencias sociales durante cuarenta años. Sistemático y preciso en su puesta al día historiográfica, Roldán privilegia un acercamiento sobre el modo de pensar las expresiones sociales de lo local, sacando a relucir con espíritu crítico y polémico temas y problemas, encrucijadas y distanciamientos, pero fundamentalmente líneas de análisis y propuestas.

Uno de los ámbitos de mayor actividad dentro de la investigación histórica de los últimos años ha sido el de los estudios sobre historia reciente. Dentro del espacio académico, temas como la conflictividad obrera, la lucha armada y la última dictadura han ido ampliando el abanico de problemas e hipótesis, con resultados que han comenzado a ser trascendentes y que poseen un alto impacto social. Por ello, en esta compilación me ha parecido muy importante incorporar dos textos –los de Gabriela Aguila y Débora Cerio– que combinan problemáticas afines ligadas a la situación antes señalada. Los dos acercamientos guardan muchas semejanzas, ya que parten de un sustrato inicial: la dinámica desarrollada por los actores sociales dentro de contextos locales desde la década de 1960 en adelante. Las precisiones y límites que ambos trabajos presentan reconocen la pertinencia del enfoque teórico-metodológico construido desde la historia regional y local para abordar problemas ligados a la identidad obrera en procesos de lucha, a las redes de control y persecución durante la dictadura, la cuestión central de la experiencia como concepto social, etc.

Sin embargo, sendos aportes presentan distintos niveles de intensidad. Débora Cerio introduce su trabajo como una aproximación sobre el problema de la conflictividad social argentina a fines de los años 1960s., subrayando el problema de la construcción de las identidades sociales. Para ello, bucea en la agenda de la producción general sobre el tema, haciendo hincapié en la distorsión que tal generalización encierra para “explicar” lo social en movimiento. Cerio compone su escrito, entonces, desde un textura discursiva que vincula el recorrido historiográfico con las precisiones conceptuales, y desde allí destaca las cualidades de una mirada que, provista desde la historia regional y local, permite vincular a los sujetos y su contexto, así como observar la profunda interacción entre ellos.

El texto de Gabriela Aguila, realizado a partir de su experiencia de investigación sobre la última dictadura argentina, presenta dos planos de organización: uno descriptivo y otro reflexivo. La autora ha explorado como pocos el negro periodo de 1976 a 1983 en un espacio social como el liderado por la ciudad de Rosario, motivo por el cual su análisis tiene un nivel de penetración desbordante en su faceta descriptiva, cargado de novedosos datos e interrelaciones. El orden impuesto a su tarea por las cuestiones ligadas a la identidad, la memoria social o colectiva y los espacios de sociabilidad en un contexto urbano, en una coyuntura como la indicada, le permitieron reflexionar sobre la importancia de una referencia teórico-metodológica derivada de la historia regional y local para evaluar su práctica historiográfica y los resultados

obtenidos a partir de ella. Aguila expone con claridad cómo la represión y las tramas de lo social se expresaron diferencialmente en ámbitos regionales nítidamente definidos, más allá de su pertenencia a procesos que tenían alcance y relevancia nacional. De allí que su texto sea paradigmático en términos tanto de la historia reciente como de la historia regional y local, así como un referente singular para comprender la dinámica social durante los crudos años de la dictadura.

Sobre el final, el trabajo de Elvira Scalona salda una gran deuda: la del vínculo entre la historia regional y local y la educación. La importancia de su impacto dentro de los currículos escolares es casi un dato dado, pero son muy escasos los investigadores que desde su propio campo han enfocado sus estudios sobre la problemática de la historia regional y local como historia enseñada. De hecho, existen algunos abordajes proporcionados por científicos de la educación que abundan sobre las potencialidades educativas de los espacios locales, fundamentalmente en el marco de la globalización imperante, pero su preocupación no sobrepasa los objetivos disciplinares. En función de esto último, el texto de Scalona tiene dos virtudes centrales. Primero, es un escrito que enlaza muy acertadamente el plano teórico-metodológico de la Historia con el plano de las formas que adquiere la enseñanza de esa disciplina, alrededor de la historia local y regional. Segundo, el capítulo es organizado por la autora en torno del debate sobre la inclusión de lo local en los programas de estudio en el ámbito de la educación formal, así como en la construcción de una genealogía de tal inclusión. Por otro lado, recupera un temapreciado de los estudios contemporáneos como es el de la identidad; Scalona pone en diálogo la cuestión de la formación de la identidad y la ciudadanía en el contexto de la globalización actual con los usos de la historia regional y local dentro de los currículos escolares propuestos por los ministerios.

Con todo, la propuesta editorial aún no pierde el gesto de ser parte de ese mosaico en construcción. Las bondades de tal montaje son, desde otro punto de vista, las dificultades con las que tropezamos. Si los escritos aquí reunidos, desde distintos enfoques, con diferentes abordajes, dan cuenta de la heterogeneidad y riqueza de los estudios regionales y locales dentro de la Historia, también ponen de manifiesto que el balance en torno de ellos, en la historiografía argentina, no es completo, y que recién ha comenzado a hacerse con algún grado de sistematicidad. Sin embargo, en cada uno de sus párrafos podemos detenernos y observar la madurez reflexiva alrededor de una preocupación historiográfica común. Este es un paso sustancial que permite definir los márgenes de un debate pero también el definitivo montaje de un corpus historiográfico compartido en intereses y objetivos.

No quiero terminar esta introducción sin expresar, además, mi satisfacción por haber sido acompañada en esta compilación por colegas de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario. Esto no es fruto de la casualidad; para algunos, es el resultado del serio compromiso de una generación que sin contar en la mayoría de los casos con el resguardo institucional adecuado, ha podido sortear con éxito, en función de su crecimiento intelectual y producción académica, el *impasse* impuesto

por la década neoliberal para la consecución de su carrera con responsabilidad social. Para otros un poco más jóvenes, es el resultado de una trayectoria signada por el esfuerzo dentro del marco de lo que significó la salida de ese periodo. Por otro lado, esto tampoco es el resultado de una proyección profesional individual sino que, como otros proyectos que nos han convocado, es producto de una conciencia colectiva alrededor de pensarnos como historiadores e historiadoras dentro de nuestro espacio institucional, alentando más que una práctica historiográfica común, la posibilidad del diálogo, la sistematización de la investigación, la horizontalidad de las relaciones y la integración de graduados y alumnos recientes a cada uno de los programas, centros y proyectos que se llevan adelante.

Para finalizar, no me resta más que agradecer a todos los colegas que han respondido a mi convocatoria y que han participado de esta compilación, así como a la coordinación y al comité editor de la revista *Prohistoria* por su gentileza al permitirme incorporar en este libro un artículo aparecido en su publicación.

Los estudios de historia regional y local de la base territorial a la perspectiva teórico-metodológica

SANDRA R. FERNÁNDEZ

Durante estos últimos veinte años, los estudios regionales y locales han representado una de las líneas de trabajo con más crecimiento dentro de la historiografía argentina; sin embargo, aún suele visualizarse a esta producción como dispersa, muy ligada a estudios de caso y a cierto tipo de investigación diseñada desde unidades, centros y proyectos que ubican a la dimensión regional y local como uno de sus objetivos de estudio.

Este panorama nos devuelve una mirada un tanto distorsionada de la realidad en relación con la incidencia de los estudios regionales dentro del campo de la Historia. Quizás, uno de los elementos que debilita la percepción de este corpus como esencial dentro de la historiografía argentina ha sido su identificación con un recorte espacial, o mejor aún geográfico, restringido. Por otro lado, esta producción acerca de lo regional y local concientemente ha eludido su caracterización como nacional y, además, difícilmente ha intentado o intenta arrogarse la condición de síntesis o balance. Para abonar esta argumentación debemos señalar que buena parte de los estudios considerados de índole “nacional” son, estrictamente, análisis de realidades ajustadas a ciertos límites. Su carga retórica en torno de tal perspectiva ha permitido que muchos de estos textos tengan una sobrevida académica de mayor aliento que otros escritos que, sin la pretensión de abordar lo nacional, establecen una aproximación a los exámenes históricos desde un perfil regional y local.

Resumiendo, la sombra de los análisis establecidos desde un lábil marco “nacional” aún parece eclipsar la sistemática producción de corte regional y local; sin embargo, ésta no deja de ser una referencia que durante los últimos ocho o diez años se ha transformado paulatinamente. Efectivamente, uno de los paréntesis abiertos ha sido comenzar a considerar la organización de una “nueva historia nacional” sobre la base de un proceso de recolección y síntesis de la numerosa y cambiante producción sobre la problemática regional y local. Pero esta pausa activa también puede dar lugar a preguntarnos respecto de las intencionalidades y objetivos de tan ardua tarea. Por un lado, es posible inquirir acerca de si es una meta para los historiadores del hecho nacional concentrarse en amalgamar una voluminosa pero dispar producción en clave comparativa, que redunde en la comprensión más acabada y prolija de procesos históricos calificados como propios del Estado; por otro, atender si es una preocupación para los historiadores regionales y locales enfocarse en encuadrar sus escritos en la trama nacional. En un plano más superficial y hablando de motivaciones, deberíamos acompañar a las preguntas anteriores con otras más prosaicas, como por ejemplo: ¿para qué hacer una historia nacional?, o bien, ¿para qué seguir haciendo historia

regional o local? Estas últimas cuestiones revelan que, más allá de tales intenciones, preexiste una forma de hacer Historia a la que cada uno de los historiadores se adscribe; que existe una formulación teórico-metodológica que nos recorre y que, además de tales ubicaciones historiográficas, existen formas de pensar el espacio dentro de la cadencia histórica.

También es posible preguntarnos el porqué del arduo camino de legitimación de los estudios regionales y locales en Argentina, cuando las investigaciones de este tenor dentro de la historiografía europea y latinoamericana tienen un prestigio acendrado y tan solidificado con el paso de los años que disquisiciones acerca de sus incumbencias son impensadas. Acaso el pecado original de las investigaciones de corte regional y local haya sido una frecuente asimilación al caso estudiado, y transitivamente la adecuación de un cierta correspondencia con el “espacio” que actúa como marco de las investigaciones. Favoreciendo esta percepción, el dejo territorialista impuesto a muchas de ellas ha pasado a ser un escollo en la delimitación y calificación de los estudios regionales y locales. Hay que sumar, además, que en un sinnúmero de casos se analiza livianamente la singularidad de estas producciones enturbiando la posibilidad de ahondar en la potencia expresiva de las investigaciones realizadas en esa clave.

De hecho, la territorialización de los estudios regionales y locales tiene más de una cara, y el peor escenario desde el cual podemos interrogarla es desde juicios de valor *a priori* que resalten o descalifiquen tales aproximaciones académicas. Hace ya un tiempo, durante una participación en una reunión del PIHSER realizada en la UNSa,¹ afirmé que no valía la pena detenerse en la descripción de cuáles habían sido las dificultades u obstáculos para que tales formas en la visión de la historia regional y local se plantearan o, mejor aún, se resumieran en concepciones reductivistas, y que en definitiva lo que iba a permitir una aproximación más acertada respecto de estos estudios era partir de supuestos que otorgaran entidad y especificidad a este tipo de exámenes.² Por el mismo sendero debíamos insistir en observarlos desde una perspectiva crítica que fuera capaz de sincronizar la aproximación teórico-metodológica y la importancia del problema estudiado.

Por ello, y aún sin llevar adelante este esfuerzo descriptivo, se hace necesario –sino imprescindible– realizar un cotejo alrededor de los alcances de la correspondencia entre los estudios regionales/locales y sobre los presupuestos generales que involucran tal identificación territorial.

¹ VI Encuentro de Historia Regional Comparada Siglos XVI a mediados del XIX, Proyecto Interuniversitario de Historia Social Enfoque Regional (PISHER), Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Salta, julio de 2004.

² Un desarrollo sobre el particular puede encontrarse en FERNÁNDEZ, Sandra “La historia sugerente. Los desafíos en la construcción de la historia regional y local”, en ARECES, Nidia y MATA DE LÓPEZ, Sara –compiladoras– *Historia Regional Comparada. Estudios de casos y reflexiones teóricas*, CEPIHA-Facultad de Humanidades-Universidad Nacional de Salta, 2006.

Huelga decir que la calificación de regional/local es polisémica y que, por lo tanto, múltiple es su utilización terminológica. En tanto vocablos de uso corriente, regional y local recorren buena parte de la agenda pública, referenciando desde problemas continentales a dinámicas barriales, pasando transversalmente por las alternativas provinciales, departamentales y urbanas. De igual modo, tal como se ha observado en una profusa bibliografía, su empleo es más que habitual en el diagnóstico de problemas, interpretaciones académicas y diseño de políticas orientadas desde campos como los de la sociología, la economía, la política y el urbanismo, entre otras.

Dicho esto, se descuenta que los estudios regionales y locales tienen un correlato que los liga al espacio de forma persistente; ello no quita que este vínculo sea muy diferente de acuerdo con la perspectiva o la línea analítica que se utilice, y más aún en función de la intencionalidad que quiera otorgárseles –académica, política, económica.

Desde una perspectiva histórica, durante varios años la encrucijada de los estudios regionales y locales se pensó como la oposición, o mejor aún como el encuentro distorsionado, entre la formalización de tales estudios y la caracterización de “lo nacional”. En paralelo, también pudo observarse un corrimiento regular y constante de las definiciones de lo regional y local hacia un simple recorte administrativo, en un registro exclusivamente territorial. Esto dio como resultado un ejercicio comprensivo, si bien ingenuo, no menos eficiente en torno de colocar como condición intrínseca el recurso territorial estricto para definir los estudios regionales y locales. Desde este ángulo, en general, se adaptaba casi mecánicamente una realidad social-económica-cultural a una forma de división política-administrativa. Así, la historia regional tendría correspondencia directa con una historia ligada a lo provincial o departamental, y la historia local estaría identificada con la comarca, la ciudad o el poblado, dejando a un lado cualquier tipo de consideración de los fenómenos urbanos o de los procesos inherentes a la construcción social e identitaria de esos espacios. Además, en innumerables casos, la situación se agravaba en virtud de un acercamiento a la problemática regional y local desde una forma de hacer Historia centrada en lo anecdótico, la crónica o la mera descripción de sucesos y eventos. La deslegitimación de este tipo de estudios no obstó para que se siguieran produciendo textos con esas características. Por otro lado, aunque en menor medida y con respaldo académico, tal intención historiográfica –la de vincular tácitamente perspectiva y territorio– puede encontrarse en artículos, capítulos y obras que interpretan y explican procesos históricos reflexivamente.

Con todo, estas formas de definición de los estudios regionales y locales a partir de lo territorial involucraron también otro nivel de complejidad, y se encontraron asociadas a otro tema muy sugerente dentro de nuestra disciplina: el de las condiciones de construcción de las identidades sociales. La pertenencia o no a un “lugar”, un adentro y un afuera marcados por los rasgos de identidad, el enraizamiento a un sitio que hace referencia –en muchos casos– a lo propio, que dota de sentido a lo cercano, son visiones que no dejan de representar una variable territorialista que no hace hinca-

pié en lo formal o institucional sino que toma como eje un concepto como la identidad y sus formas de percepción.³

De este modo, si la definición de lo regional a partir de lo administrativo tuvo un nicho de desarrollo, también lo ha tenido y lo tiene la aproximación a partir de los procesos inherentes a la constitución de las identidades sociales. De allí que estos problemas superen la cuestión aparente de lo material, avanzando sobre la configuración de tramas perceptivas donde las delimitaciones físicas estarían acompañadas por fronteras marcadas por lo sensible.

Como algunos colegas han hecho evidente, a la barrera material e institucional se le debe sumar la percepción del espacio como algo muy cercano, personal, específico. Un entorno que determina una apropiación individual de lo que es exterior, realizada a partir de recursos y dispositivos complejos que nunca dejan de ser colectivos.⁴

De este modo, si lo pautado, lo supuestamente reglamentado, a partir de su rigidez permite justificar sin más una delimitación en la investigación, lo sensible, lo cercano, también habilita la argumentación de recortes a partir de lo identificable, de ese entorno que mencionábamos antes.

Respecto de la línea trazada por el primero de estos acercamientos, es necesario recordar que tal perspectiva tiene un ascendiente muy importante sobre los estudios regionales, en especial desde los aportes generados por otras disciplinas durante la década de 1960 y los primeros años de la de 1970, como la Economía –en su faceta planificadora– y la Sociología, en su afán cuantitativista. Ambas posiciones abonaron, sino el territorialismo ingenuo, la dimensión material de las regiones en función de la generación de polos de desarrollo –aspecto central de la teoría que impulsaba este tipo de estudios. Los nodos centrales, sus satélites y sus hinterland circundantes eran elementos mensurables, objetos de estudio privilegiados a partir de variables como la dimensión geográfica y la densidad de población.⁵ El impacto registrado por este extensísimo corpus influyó de forma decisiva a un sinnúmero de interpretaciones ligadas a los estudios regionales y locales,⁶ en momentos en que su utilización

³ El esfuerzo por dotar de sentido social al espacio vivido se realiza muchas veces con fines políticos, otras en función de responder a medidas gubernamentales restrictivas o marginadoras, las más como fenómenos que apuntan a la recuperación o construcción de memorias colectivas fragmentadas o dispersas, o bien puestas entre paréntesis desde la constitución de un discurso oficial. Esto remite también a pensar desde dónde se elaboran las líneas de pensamiento y acción alrededor de las formas de identidad.

⁴ SERNA, Justo y PONS, Anaclét “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, en *Prohistoria*, Vol. VI, núm. 6, Rosario, 2002, p. 109.

⁵ FERNÁNDEZ, Sandra “La historia sugerente...”, cit.

⁶ Su influencia se ha registrado, en especial, alrededor de la atención que estos estudios dedicaron al concepto de región. Incorporado de forma sistemática en los estudios y diseños desarrollados por la Economía poco antes de 1970, su uso fue asiduo a pesar de la conciencia de su ambigüedad, fundamentalmente por la disposición que el término permitía sobre la descripción del campo de estudio.

estuvo signada por una profunda ambigüedad conceptual, producto en cierta forma del excesivo pragmatismo desplegado por estos escritos. Al dividir a un país o a un grupo de países —estrategia muy común dentro de Latinoamérica—, los economistas tendían a “regionalizar” los espacios, caracterizándolos a partir de formas distinguibles de organización de los recursos y de la población. Además, la incidencia del enfoque neoclásico instauró una eficaz “teoría de la localización” que pretendió explicar las relaciones entre población y recursos, y entre las zonas rurales y urbanas, a partir de criterios de optimización. En paralelo, también los planificadores partieron de esta forma de concepción arquetípica de las regiones económicas, para diseñar y activar niveles no correspondientes de desarrollo y buscar, con mayor o menor ingenuidad, los supuestos remedios a las desigualdades.⁷

Por estos mismos años no hay que olvidar que la conceptualización alrededor de desarrollo/subdesarrollo imponía pensar en la dicotómica ecuación sociedad tradicional/moderna, y por el mismo camino se planteaba la contraposición de lo urbano con lo rural, ignorando que la distinción entre campo y ciudad es profundamente compleja. En tal sentido, es imposible aplicar variables deterministas para considerar el problema de la diferenciación de las formas espaciales de la organización social; asimismo, la incapacidad de “encontrar un criterio empírico de definición de lo urbano no es más que la expresión de una vaguedad teórica”, que es ideológicamente útil para contener, desde un punto de vista material, a la representación de la modernidad.⁸

Estas interpretaciones distinguían a la región como una entidad natural, pero con idéntico énfasis también la calificaban como una unidad física y humana, en la que la colectividad que ocupaba un territorio establecido adquiriría relevancia. Desde ambos ángulos de observación se pensaba que era de fundamental importancia el examen de las “singularidades” regionales, sin perder de vista que la región natural preanunciaba la imagen de la “región histórica”. Hoy reparamos en que esta forma de pensar a la región es reduccionista y determinista a nivel material, pero de alguna manera estos estudios representaron avances en la caracterización del concepto y fueron un sustrato fértil a partir del cual se generaron variadas líneas de investigación.

Sin embargo, si por un lado, como señalamos antes, estos estudios significaron una especie de cimiento intelectual, también funcionaron como una especie de corsé que impidió superar la base geográfica para la consideración de los estudios regionales y locales. Sin evaluar si esto significó un defecto de tales exámenes, debemos considerar que las consecuencias de su utilización en forma acrítica dentro de una disciplina como la Historia, aunada —en muchos casos— a la falta de madurez para emprender la constitución de una base de conocimiento de perfiles regionales o loca-

⁷ FERNÁNDEZ, Sandra y DALLA CORTE Gabriela “La metáfora de la región: continente conceptual y construcción historiográfica”, en *Anuario*, núm. 18, Escuela de Historia, FHya, Universidad Nacional de Rosario, 1998-1999.

⁸ CASTELLS, Manuel *La cuestión urbana*, Siglo XXI, Madrid, 1974, p. 27.

les desde un sustento teórico que superara el cómodo lugar al que se destinaba este tipo de obras, representó un serio obstáculo para pensar los fenómenos de lo regional y lo local más profunda e integralmente.

Además señalábamos que, desde un plano sensible, en directa vinculación con las formas de constitución de las identidades, se podía colocar a la cuestión regional y local dentro de una concepción territorial. Aún entendiendo más flexiblemente lo territorial, como las formas –desde psicológicas hasta materiales– de articularse, relacionarse o identificarse con un lugar físico y social, se estaba pensando lo local y regional desde un punto de vista determinista en clave geográfica. Esto ocurría tanto a partir de posiciones marcadamente psicologistas como desde perspectivas más relativistas, que ponían y ponen el acento en la trama social, resaltando las diferencias por encima de la equiparación y la homogeneidad.

Ahora bien, asumiendo a la sociedad como un fenómeno complejo, es posible sintetizar ambas posiciones tratando de explicar la realidad de la identidad partiendo de la idea de que el individuo se apropia del mundo en “conversación” con los otros, y que tanto la identidad socialmente asignada como el mundo son reales para él en la medida en que pueda continuar esa conversación. Sin embargo, el carácter dialéctico de la relación individuo-sociedad no presupone una paridad relacional y, por ende, tampoco de los procesos identitarios que tiene lugar dentro de las relaciones sociales. La identidad puede legitimarse o reafirmarse en relación negativa con otras identidades; uno de sus rasgos característicos es su distintividad. En contraposición, necesita crear una conciencia de comunidad,⁹ ya que ante todo la identidad es un fenómeno colectivo que no debe ser planteado en términos de exclusión o marginación del otro, sino de reencuentro con uno mismo; una apropiación del mundo en conversación.

De igual manera, no puede ser entendida como algo inmutable, invariable, que resiste todos los cambios, sino como un contenido vivo que se renueva constantemente, aceptando y enriqueciéndose con el entorno, pero a la vez manteniendo su peculiaridad. Asimismo, no deja de ser una circunstancia perfectamente histórica que se encuentra marcada por la existencia de cierta tensión y equilibrio entre un factor de permanencia y otro de cambio; estas variables, más que desplegarse en direcciones opuestas, entrañan presupuestos necesarios para la continuidad de las realidades culturales.¹⁰

La identidad social se asume a partir de la forma concreta en que las colectividades construyen, recrean y se apropian de las identificaciones sociales. La identidad no puede pensarse como un objeto que se posee y se otorga de generación en generación, como un conjunto de rasgos que se pueden describir de manera permanente (como

⁹ DEL REY ROA, Annette *El concepto de identidad y su aplicación en santería*, Biblioteca Virtual, CLACSO, 1997. <http://www.clacso.org>.

¹⁰ ARROYO GONZÁLEZ, Juan Carlos “¿Qué es la identidad de los pueblos?”, en *Identidad/Diversidad*, Boletín núm. 4, 1997.

una fotografía), como una “naturaleza” o esencia en sí misma; sino que se encuentra definida como un proceso de identificaciones históricamente apropiadas que le confieren sentido a un grupo social y le dan estructura significativa para asumirse como unidad, y que contiene en sí diversos niveles o planos de identificación: el generacional, el de género, el étnico, el regional, el de clase, el nacional, etc.¹¹

Lo significativamente interesante es determinar cómo se genera la identificación y la consiguiente adscripción a una identidad “particular”, cómo es objetivada y consensuada. Esto nos lleva a introducir el problema dentro de las relaciones de poder, porque desde ellas se presenta la elección de la identidad como un hecho arbitrario, natural y racional que se inserta en el discurso explicativo y justificativo del conjunto de los actores de su contexto social. De esta manera, aparece el discurso identitario como dado por la voluntad de los individuos, escondiendo el carácter hegemónico y consensuado de la gestación de la identidad. Así, la elección de la identidad adquiere un carácter ideológico, pues responde a los condicionamientos objetivos que la dotan de sentido dentro de un determinado entorno.

En este contexto, la ciudad, lo local y lo regional se erigen como lugares estratégicos para pensar la identidad. Ahora bien, si estos *locus* pueden aparecer como el continente ideal para tales reflexiones, es desde el punto de vista de la historia regional y local a partir del cual se puede analizar con pertinencia el desarrollo problemático de estas cuestiones. Justamente, la identidad refleja la contradicción entre lo general y lo particular, porque según el contexto, escenario o situación una identidad puede pasar de lo general a lo particular y de lo particular a lo general; por ejemplo, identidades como las de clase, género y religiosas, entre otras, así lo reflejan cuando conjuntamente y dentro de ellas coexisten otras identidades.

De igual modo, la percepción de lo social implica un cambio de identidad y viceversa, de manera que se pueden producir pérdidas y renovaciones identitarias. Dicho de otro modo, permite la valoración del cambio histórico desde la densidad de una trama social compleja.

Atravesando estos temas, a la vez que conteniéndolos, aparece el concepto de identidad, mediado por constructos ligados a la configuración social del espacio. Así, lo local y lo regional, en tanto categorías socialmente espacializadas, adquieren importancia comprensiva; el peso del concepto se encuentra no sólo en un espacio físico, la meta no ha de ser solamente analizar la localidad, la comarca o la región sino, sobre todo, estudiar “localmente” determinados problemas, específicamente los derivados de las cuestiones relativas a las formas de construcción y percepción identitarias generadas por los actores en su dinámica social.

¹¹ PORTAL, María Ana “La cuestión de la identidad urbana: una reflexión teórica”, en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 27, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1993.

Estas líneas muy generales de tratamiento de lo local y regional también tienen un eje en común, muy importante dentro del corpus historiográfico: la cuestión del Estado, específicamente la del Estado nacional.

La primera vertiente resalta que la constitución de la historia regional y local –proceso que, por otra parte, todavía se halla en construcción– tuvo y sigue teniendo como contexto de surgimiento el rechazo del Estado, el Estado nacional en el caso latinoamericano, como objeto exclusivo del análisis histórico. Esta impugnación condujo a la historia social a una profunda reorientación del espacio; así, dentro de la práctica historiográfica, abandonar la perspectiva nacional reduciendo los límites geográficos redundó en facilitar la aparición de propuestas que incluían el estudio de la historia de los restantes ámbitos de la realidad. De este modo, se aplicó la máxima de “a menor extensión, mayor profundización”, o lo que es lo mismo: el conocimiento histórico, para ser global y total, necesita acotar su objeto de análisis. Solamente de esta manera podrían controlarse las fuentes, y como resultado directo arribar a una completa comprensión del tema. Como afirma Casanova, hasta la historia total se convertiría, así, en historia local, porque incluso el *Mediterráneo* de Braudel –el paradigma de esas ambiciones totalizadoras– parecía un escenario demasiado vasto para abarcarlo.¹²

La segunda línea de tratamiento adquirió centralidad con la crisis de este mismo Estado-nación y con la irrupción del concepto de sociedades multiculturales, que puso de relieve el debate acerca de grupos, etnias y minorías. Así, por un lado, se asiste a procesos acelerados de globalización de la sociedad y, por otro lado, en distintos lugares del planeta se perciben y observan la emergencia de localismos, que en el caso de América Latina pueden llegar a interpelar constantemente los discursos emanados desde los gobiernos de turno.

Simultáneamente, frente a estos procesos de dominación global, las manifestaciones populares, locales y regionales desbordan en diferentes espacios estratégicos de resistencia, secundados por la larga tradición –especialmente en Latinoamérica– de encuentros y desencuentros alrededor de lo nacional con la identidad. Como afirma Maricela Portillo, cuando se privilegia la relación del Estado nacional con un sentido de pertenencia único, los discursos de los gobiernos latinoamericanos parecen percibir un solo modo de ser, y en este sentido habilitan la dimensión de una sola identidad, eludiendo las contradicciones en la conformación de los Estados nacionales y negando de forma recurrente las diferentes culturas que los conforman como naciones. A un Estado de fuerte impronta nacional se le suman particularismos de larga duración, resistencias consuetudinarias y protestas coyunturales. La defensa de la tierra comunitaria, las demandas en torno de la legalización del aborto y las luchas

¹² CASANOVA, Julián “Historia Local, Historia Social y Microhistoria”, en RÚJULA, Pedro y PEIRÓ, Ignacio –coordinadores– *La Historia Local en la España Contemporánea*, Universidad de Zaragoza l’Avenç, Barcelona, 1999, p. 18.

de fuerte contenido ecológico, por ejemplo, se constituyen en espacios local y regionalmente ubicados. Las demandas, si bien realizadas bajo cánones o expresiones universales, se estructuran desde la impronta de la “localización” de sus actores. De hecho, los sectores que las movilizan también operan como motivadores de este cuadro identitario, otorgando densidad a las formas de comunicación y empatía.

Como vemos, estos dos grandes planteos trazan un perfil dentro de los estudios regionales y locales que nos involucra como comunidad historiográfica, pero que también nos distrae de aquello que consideramos central para estos estudios: la perspectiva teórico-metodológica dentro de una forma de hacer Historia.

Además, este tipo de posiciones colocan, desde fuera, a la historia regional y local en una encrucijada: desde dónde definir estas prácticas historiográficas que la expresan, que la representan. Porque en ambos extremos estamos omitiendo lo fundamental de este tipo de estudios: que la verdadera ruptura dentro de los estudios regionales y locales provenía del cambio de perspectiva impuesto por la historia social.

La historia regional y local constituyen líneas de aproximación al estudio histórico desde la historia social, generada a partir de la década de 1960, y que como tantas otras vertientes han recibido la influencia de otras disciplinas del campo social. Sin embargo, existe una particularidad en su desarrollo e implementación, ya que como diferencia sustancial su eje no es temático sino analítico. Dicho de otro modo, la historia regional no propone un nuevo tema, un nuevo objeto, sino una nueva mirada, un nuevo acercamiento, un nuevo abordaje analítico.

Ahora bien, el espacio local y el espacio regional no nos dicen nada *per se*; así, tampoco lo hace la simple apelación a la categoría de historia local o historia regional. De modo que la enunciación del término no remite de forma directa y expresa a las facultades interpretativas del mismo. En principio, lo local y también lo regional aluden tentativamente a un ajuste espacial de la observación y de la práctica –con el consecuente ajuste de las lentes–, y a la necesidad de detectar la diversidad y la particularidad en un contexto mayor al que le une cierta coherencia fenomenológica. Así, tanto lo local como lo regional pasan a ser categorías flexibles que pueden hacer referencia a múltiples dimensiones espaciales (puede ser un barrio, una ciudad, una comunidad, una comarca, etc). De este modo lo local y lo regional, en tanto categorías socialmente espacializadas, tienen importancia comprensiva, paradójicamente a partir de la conciencia de su artificialidad; el peso de los conceptos se encuentra no sólo en un espacio físico, sino que se asume dentro de un tipo de investigación específica a la que llamamos historia regional y local. Como resultado de esta práctica especulativa, el historiador regional y local debe adoptar un lenguaje y una perspectiva tales que la transposición del objeto implique una verdadera traducción, la superación del ámbito identitario. Por eso, siguiendo una vez más a los antropólogos, desde este punto de vista el objetivo final no deber ser sólo estudiar indistintamente la región, la ciudad, el poblado o la comunidad, sino que la tarea fundamental es reflexionar sobre

determinados ejes problemáticos en estos espacios, pensados como entidades construidas socialmente.¹³

Es necesario marcar que, en la práctica, dos han sido los peligrosos lugares comunes a donde ha sido arrojada la historia regional y local. Ambos peligros fueron señalados sistemáticamente por un sinnúmero de historiadores, pero la asiduidad de estos anuncios no ha mejorado en muchos casos su percepción. Por un lado, se resalta a la historia local y regional simplemente como un dato parroquial, comprendido sólo en términos de su comunidad; por otro, se la concibe como el resultado “en pequeño” –casi mecánico por cierto– de procesos históricos generales. A esto habría que sumar la confusión repetida sobre la homologación total y parcial de la historia regional y local con la historia de la ciudad o de la provincia, o la historia y antropología urbanas.¹⁴

Ya lo resaltaba Manuel Delgado Ruiz¹⁵ al señalar que la historia local no es en un sentido estricto historia urbana, como tampoco es una historia de la ciudad y menos aún una historia en la ciudad. Por lo que, aunque están profundamente interrelacionados, lo urbano y la ciudad distan bastante de ser una misma cosa. En una ciudad, en efecto, vemos estructuras, articulaciones, instituciones, familias, monumentos, mercados; sin embargo, ninguna de esas cosas corresponde exclusivamente a lo urbano. Al mismo tiempo, y en sentido contrario, la ciudad siempre está en la ciudad, mientras que lo urbano siempre trasciende sus fronteras físicas. De hecho, en la ciudad no podemos observar directamente la manifestación de una cultura o una estructura social, aunque se pueda encontrar en ella instituciones sociales más o menos cristalizadas, manifestaciones colectivas o fenómenos particulares de expresión popular; tampoco es posible observar tales formas claramente inscriptas en marcos conceptuales como lo local y lo regional. Justamente, el sustento de la Historia se basa en la consideración de las relaciones interpersonales como sujeto histórico, y tal elección implica una decidida opción de escala. Desde esta consideración, la vía microanalítica sería capaz de interpretar y explicar las prácticas sociales y políticas puestas en acto por una comunidad, dentro de espacios sociales definidos desde lo local y lo regional.

Desde esta postura y siguiendo a Edoardo Grendi,¹⁶ para quien el microanálisis ha representado una suerte de “vía italiana” hacia la historia social más avanzada (teóricamente guiada), la perspectiva arriba expuesta nos introduce en el análisis de las relaciones interpersonales (redes, grupos, mediaciones, etc.), dentro de un área “antropológica”: la reconstrucción de la cultura a través de la exploración de las prác-

¹³ Seguimos expresamente lo planteado en SERNA, Justo y PONS, Analet “En su lugar...”, cit., pp. 121-122.

¹⁴ FERNÁNDEZ, Sandra “La historia sugerente...”, cit.

¹⁵ DELGADO RUIZ, Manuel *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1999, p. 13.

¹⁶ GRENDI, Edoardo “¿Repensar la microhistoria?”, en *Entre pasados*, núm. 10, Buenos Aires, 1996, pp. 135-136.

ticas sociales. Con este norte, es viable rescatar las formas en que se manifiesta, por ejemplo, la competencia territorial (confines), así como los modos en que se expresan tanto la “pertenencia” como la microconflictividad espacial. El resultado de esta correlación es que pone en cuestión la relevancia de todas estas formas de acción expresivas que, postulando esquemas de valores compartidos socialmente, están siempre estrechamente ligadas al espacio, al lugar, al territorio, esto es, a referentes a menudo descuidados por la tradición historiográfica.¹⁷

El panorama trazado, de alguna manera, se ha correspondido con una forma de considerar a la historia regional y local dentro de la historiografía argentina. Sin embargo, el impacto que tal derrotero tuvo dentro de nuestro medio continúa siendo dispar, fundamentalmente porque, como decíamos al comienzo de nuestro escrito, la omnipresencia del problema de “lo nacional” obnubiló las búsquedas y representaciones dentro de la disciplina.

Sobre los años 1960s. la “renovación” marcó un punto de inflexión historiográfica; primero, porque revigorizó las influencias, segundo porque refrescó metodológicamente el campo y, finalmente, porque sin abrir específicamente nuevos temas planteó nuevas preguntas sobre una historia que se respondía a sí misma. La inercia entonces impuesta por esta corriente llevó a que la producción dentro de la historia argentina se desplazara con nuevos rumbos y otras respuestas y reflexiones sobre nuestro pasado nacional. Conjuntamente con ella, los impulsos críticos y generalizadores de los primeros años 1970s. reavivaron esta dirección de sentido. Sin embargo, la dictadura, brutal en tantas formas y maneras, también lo fue para la producción científica, en especial dentro del campo de las ciencias sociales. El movimiento y dinamismo de las investigaciones históricas se detuvieron abruptamente, colapsados ante el quiebre social impuesto a comienzos de 1976. Tibiamente reaparecieron hacia 1982, luego del *shock* impuesto al régimen por la guerra de Malvinas, y producto de los cambios que se estaban desarrollando dentro de una sociedad oprimida, ávida de transformaciones.

El reverdecimiento de foros de difusión y debate en distintos lugares del país, en especial sobre temas ligados a la historia social, actuaron no sólo como palestras de divulgación y circulación de ideas y producciones sino también como ámbitos privilegiados de una sociabilidad quebrada seis años atrás.

El restablecimiento democrático iniciado a partir de 1984 permitió la recuperación de espacios universitarios, la normalización de organismos de investigación y, sobre todo, hizo posible reflotar la investigación y la docencia académica, rescatando

¹⁷ Esta orientación sustentada por Grendi permite tomar en consideración los ángulos teórico-metodológicos de la investigación histórica “sugeridos por analogía con los esquemas analítico-operativos de la antropología social y por consiguiente, en cierto modo, de la instancia de procedimientos demostrativos; por otra parte una consonancia más plana y menos ligada a lo específico microanalítico, con aproximaciones y técnicas de trabajo maduradas independientemente, atendiendo a los ‘episodios ilustrativos’, las ‘historias de casos’, cuya indudable relevancia analítica permanecía ligada a otras matrices, a otros paradigmas historiográficos”. GRENDI, Edoardo “¿Repensar la microhistoria?”, cit., p. 137.

a colegas de exilios internos y externos, y permitiendo la rehabilitación del gesto historiográfico abierto en décadas anteriores. Más aún, a mediados de los años 1980s. se reinstalaron nuevas aproximaciones a problemas que habían quedado planteados pero no examinados y, por lo tanto, menos aún resueltos. Uno de ellos era el de la organización y consolidación del Estado nacional durante el siglo XIX y, en correspondencia con esto, el estudio de los actores involucrados en este proceso. Dos prioritarios ejes de análisis se desprendieron de estas temáticas: la discusión en torno de la conformación de la clase dominante argentina y, como antítesis, los orígenes del movimiento obrero.

Del primer gran tema surgieron no sólo análisis políticos, sino fundamentalmente estudios alrededor de la función de Argentina en la división internacional del trabajo, e inmediatamente acerca de la formación del mercado interno que, como lo han demostrado las sucesivas e intensivas investigaciones, en la segunda mitad del siglo XIX distaba mucho de percibirse como nacional. Aquí aparece firmemente en escena la región como categoría susceptible de explicar procesos velados y vedados a análisis generales, de la mano de la idea del territorio nacional. Sumado a esto último, el segundo eje en importancia –la conformación de la clase dominante argentina– también iba a mostrarnos la ineficacia de exámenes centrados en la idea de “lo nacional” para analizarlo. De ahí en más, es sugestiva la larga lista de investigaciones que aportan, interpretan y explican fenómenos de consolidación de grupos dominantes en distintas “regiones” del naciente Estado nacional argentino. Como resultado, la clase dominante argentina era, más que una burguesía nacional, un cúmulo de burguesías regionales o, en su defecto, burgueses locales; o, en otra línea de tratamiento, elites locales o regionales administrando su poder en profusas redes relacionales. Pero, nuevamente, el sesgo de estas investigaciones encontraba en la centralidad del área pampeana, y en las zonas tributarias como Tucumán y Cuyo, el escenario del proceso histórico recortado. Las investigaciones centradas en otro periodo histórico (las décadas iniciales del siglo XX) y en una supuesta “área marginal” (la norpatagonia) para la comprensión de la constitución del Estado nacional argentino, introdujeron nuevos aires en la formulación de cuestiones relativas a la historia regional; los trabajos desarrollados desde la Universidad Nacional del Comahue pusieron en cuestión las líneas fundamentales desarrolladas sobre la generación del mercado interno e internacional, al proponer otra periodización para comprender este proceso, así como la explicitación cabal de que el área regional investigada excedía el espacio nacional, rompiendo de este modo con la monolítica concepción de la región como integrada a un todo mayor y jerárquico.¹⁸

¹⁸ No es objeto de este trabajo enumerar las extensas investigaciones realizadas sobre este tema; sin embargo, consideramos que un excelente balance de la cuestión puede encontrarse en BANDIERI, Susana “La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o cómo contribuir a una historia nacional

A fines de la década de 1980 y durante toda la de 1990, la centralidad de la perspectiva regional transitivamente se desplazó y expandió desde la problemática del Estado nacional hacia problemas propios de la historia rural rioplatense¹⁹ o de la historia colonial.²⁰

Tal caudal de conocimiento permitió la discusión acerca de los alcances y límites de las formas de hacer historia regional y local. Superada, aunque parcialmente, la disposición de integrar irreflexivamente los estudios regionales dentro del plano de acumulación para dotar a una historia nacional de mayor información, el eje de discusión se trasladó a las estrategias y dispositivos inherentes a la delimitación de la región como contexto de los objetos de análisis de la investigación. Para decirlo más claro, si bien estaba superada la noción de que la región preexistía al estudio histórico, era ahora el objeto de análisis el que determinaba a la región. La región, entonces, sólo se define a partir de lo que la investigación expone, de lo que queda en la superficie: distintos objetos, investigaciones y periodos darán cuenta de diferentes regiones, construidas en el espacio pero también temporalmente.

Sobre esta idea instalada en la historiografía regional y local argentina actual, es necesario una vuelta de tuerca más: la de la capacidad de superar la condición descriptiva del espacio, en este caso la región o el espacio local, introduciendo las variables interpretativas y explicativas de estos conceptos en la profundidad de la actividad historiográfica. Aquí la variable microanalítica es capaz de dar cuenta del plano regional y local, no sólo desde el texto que tales conceptos enuncian, sino desde el contexto con el que ambos permiten trabajar, a partir de una defensa analítica de la realidad histórica, desde donde –como afirma Grendi– se puede organizar mejor, integrando el estudio de las formas con el análisis histórico social, volviendo a reconstruir los procesos cuya acción y expresión son componentes fundamentales: “una imagen, no es sólo hija de otra imagen, está también conectada con una situación que expresa y organiza”.²¹

Sin lugar a dudas, tal desafío permite agudizar la mirada crítica sobre los problemas de estudio, retirando el velo que en muchos casos obstaculiza la visión de lo complejo del contexto de análisis, y que en otros sirve de excusa para obviar estudios de mayor profundidad interpretativa.

más complejizada”, en FERNÁNDEZ, Sandra y DALLA CORTE, Gabriela –compiladoras– *Lugares para la Historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos*, UNR Editora, Rosario, 2001.

¹⁹ Resulta muy atractivo el trabajo de FRADKIN, Raúl “Poder y conflicto social en el mundo rural. Notas sobre las posibilidades de la Historia Regional”, en FERNÁNDEZ, Sandra y DALLA CORTE, Gabriela –compiladoras– *Lugares...*, cit., para ejemplificar este proceso.

²⁰ En términos similares que la nota anterior, ver MATA, Sara “El noroeste argentino y el espacio andino en las primeras décadas del siglo XIX”, en FERNÁNDEZ, Sandra y DALLA CORTE, Gabriela –compiladoras– *Lugares...*, cit.

²¹ GRENDI, Edoardo “¿Repensar la microhistoria?”, cit., p. 138.

Para finalizar, nos resta remarcar que desde el punto de vista historiográfico y también desde la producción en investigación, en nuestro país la historia regional y local se encuentra todavía distante de legitimar lo que para nosotros representa la particularidad esencial de estas disciplinas: su capacidad analítica, o mejor aún microanalítica, ligada además a las potencialidades científicas del estudio de caso.

El anclaje exacerbado sobre la base territorial de la conceptualización de la región y de lo local, así como la imposición abrumadora dentro de los estudios históricos de la definición de estas categorías simplemente sobre la base de la exposición y el recorte de los objetos de estudio, han empañado el sustrato más interesante de la faceta renovadora de la historia social contemporánea, relegando o bien retardando la posibilidad de poder iniciar estudios comparativos de largo aliento que sienten las bases de un trabajo más delicado y profundo dentro de la investigación histórica nacional. Partir de este ángulo de tratamiento permitiría profundizar un perfil de trabajo y potenciar sus resultados en el largo plazo, en su camino hacia la difusión de este conocimiento. La consecución de esa obra no es sólo un ejercicio de síntesis, sino también una prueba tanto de la incorporación de la vasta producción realizada desde los distintos enfoques provistos –los estudios regionales y locales– como de un esfuerzo de interpretación más abrumador y excitante que la simple y mecánica prolongación de resultados acotados a realidades ligadas al espacio bonaerense hacia el escenario nacional.

Justamente, tal desborde sólo será posible si nos paramos desde los hitos provistos por la historia social, el microanálisis y las mejores vertientes de la historia regional y local; hitos que, por otra parte, se posicionan desde la discusión problemática y no sólo desde la definición de sus objetos de estudio, priorizando tanto la capacidad explicativa como los fundamentos metodológicos de la disciplina. De este modo, los estudios regionales y locales, encarados desde análisis exhaustivos de casos, no son referentes anecdóticos de un pasado más remoto o más cercano, ni tampoco son fruto de investigaciones parciales que no disponen de un contexto de comprensión significativo; por el contrario, ellos hacen que la Historia –en tanto disciplina por excelencia del contexto– subraye la potencialidad de la representatividad del caso en la comprensión del todo, la interpretación de la particularidad para esbozar un plano general, la explicación de lo singular para la complejización de la totalidad.

Así, tal como afirman Anacleto Pons y Justo Serna, dos autores que se han preocupado largamente por los alcances de la historia local,

“...estudiar *en* no es sin más confirmar procesos generales. Da ahí que no aceptemos aquella afirmación según la cual lo local es una reflexión de procesos más amplios [...] si estudiamos este o aquel objeto en esa o en aquella comunidad no es porque sea un pleonismo, una tautología o una prueba más repetida y archisabida de lo que ya se conoce, sino porque tiene algo que lo hace irrepeti-

ble, que lo hace específico y que pone en cuestión las evidencias defendidas desde la historia general”.²²

Hemos referido a lo largo de este trabajo que los fenómenos relativos a la construcción de la identidad también se enmarcan en la conjunción del escenario de múltiple representación de las relaciones y prácticas sociales en el interior de un colectivo. Tal definición en sí se encuentra expuesta claramente en los diferentes planos de ese escenario, en donde lo local y lo regional son cuadros privilegiados para el análisis social.

Bibliografía

ARROYO GONZÁLEZ, Juan Carlos

“¿Qué es la identidad de los pueblos?”, en *Identidad/Diversidad*, Boletín núm. 4, 1997.

BANDIERI, Susana

“La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o cómo contribuir a una historia nacional más complejizada”, en FERNÁNDEZ, Sandra y DALLA CORTE, Gabriela –compiladoras– *Lugares para la Historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos*, UNR Editora, Rosario, 2001.

CASANOVA, Julián

“Historia Local, Historia Social y Microhistoria”, en RÚJULA, Pedro y PEIRÓ, Ignacio –coordinadores– *La Historia Local en la España Contemporánea*, Universidad de Zaragoza-l’ Avenc, Barcelona, 1999.

CASTELLS, Manuel

La cuestión urbana, Siglo XXI, Madrid, 1974.

DALLA CORTE, Gabriela y FERNÁNDEZ, Sandra

“Límites difusos o géneros confusos: variaciones sobre la historia local”, en FERNÁNDEZ, Sandra y DALLA CORTE, Gabriela –compiladoras– *Lugares para la Historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos*, UNR Editora, Rosario, 2001.

DEL REY ROA, Annette

El concepto de identidad y su aplicación en santería, Biblioteca Virtual, CLACSO, 1997.
<http://www.clacso.org>.

DELGADO RUIZ, Manuel

Ciudad líquida, ciudad interrumpida, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1999.

FERNÁNDEZ, Sandra

“La historia sugerente. Los desafíos en la construcción de la historia regional y local”, en ARECES, Nidia y MATA DE LÓPEZ, Sara –compiladoras– *Historia Regional Comparada. Estudios de casos y reflexiones teóricas*, CEPIHA- Facultad de Humanidades- Universidad Nacional de Salta, 2006.

²² SERNA, Justo y PONS, Anaclét “En su lugar...”, cit., p. 125.

Procesos espaciales y ciudad en la historia colonial rioplatense¹

DARÍO G. BARRIERA

Los alrededores de la casa, barrio, vecindades,
que veo y por donde camino, por años y años
los he creado en alegría y tristeza;
con tantas circunstancias, tantas cosas
han llegado a ser todo mi sentimiento poético.

Kavafis

Aldea pequeña no engendró pequeña historia

Recientemente se ha publicado un libro sobre los primeros años de vida de la ciudad de Buenos Aires. *La pequeña aldea...*,² tal su título, cumple acabadamente con el propósito que todos perseguimos al editar un trabajo: como lo señala –con mejores y más bellas palabras– Raúl Fradkin en el prólogo, el autor de este libro ha logrado transmitir en él, con solvencia y nitidez, una imagen beneficiada del Buenos Aires *tempranocolonial*. Pero la publicación de *La pequeña aldea...* es un acontecimiento importante, más allá de la bien ganada satisfacción que puede legítimamente sentir su autor. Y lo es por varios motivos: porque actualiza la discusión sobre un periodo de la historia rioplatense poco visitado, porque encara con seriedad los problemas espaciales –realizando una contribución importante sobre todo en el plano del análisis de las espacialidades indígenas– y porque, como todo buen libro, abre más problemas de los que cierra. Estos puntos de interés merecen ampliarse y son el disparador de los párrafos que siguen.

En primer lugar, esta publicación presenta en formato de libro un cuadro con los trazos de por sí ya atractivos que se conocían de la producción de su autor bajo la forma de artículos editados en revistas especializadas. Aquellas pinceladas dejaban con ganas de ver más, y he aquí una obra terminada. Este cuadro también contiene brochazos de otros maestros, lo que nos permite ver también en él un momento actualizado de la manufactura colectiva de una línea de trabajo que ha hecho mella en nuestra concepción de la historia rioplatense. Observándolo con cierta perspectiva, puede advertirse la influencia de los estudios de Ceferino Garzón Maceda y la elaboración de aquella imagen fuertemente mediterránea del “espacio peruano” facturada

¹ Trabajo publicado originalmente en la revista *Prohistoria*, Vol. VI, núm. 6, Rosario, 2002, pp. 153-164.

² GONZÁLEZ LEBRERO, Rodolfo *La pequeña aldea. Sociedad y economía en Buenos Aires (1580-1640)*, Biblos, Buenos Aires, 2002, 198 pp.

por Carlos S. Assadourian; aunque también la versión más “atlantizada” de ese mismo espacio, que despuntaba en las contribuciones pioneras de Juan Carlos Garavaglia, Jorge Gelman, Zacarías Moutoukias y de Eduardo Saguier.³ En muchos sentidos, el trabajo de González Lebrero es tributario de las líneas abiertas por ellos y, en lo que concierne a la historia de aquella Buenos Aires de “beneméritos y confederados”, de vaqueadores, productores incipientes y comerciantes portugueses, constituye un digno corolario provisorio.

Su condición de corolario deriva del aprovechamiento, de la actualización y, en ciertos párrafos, de la profundización de aquellos aportes. La de su carácter provisorio, obviamente, del estatuto mismo del conocimiento histórico, siempre circunstancial, interino y expectante de nuevas escrituras.

La postal con la que el autor inaugura sus conclusiones es una síntesis apretada y acertada de la imagen que el libro contribuye a fijar e invita a superar. Allí puede leerse:

“...en el Río de la Plata la sociedad hispánica modificó de manera progresiva el entorno preexistente adaptándolo a sus necesidades pero, al mismo tiempo, los diferentes intereses económicos debieron adaptarse, transformándose, a las condiciones del medio en el que desarrollaron sus actividades. Si la ‘pobreza de la tierra’ desalentó a los primeros pobladores, afanados en encontrar metales preciosos que sustentaran una vida holgada, diversos factores convergentes permitieron a sus vecinos desarrollar una importante actividad mercantil que los ubicaría con rapidez en un vértice nada desdeñable del espacio peruano. Después de todo, el río que prometía un camino fácil a la bienaventuranza haría honor a su nombre aunque de una manera menos directa que la soñada: el Plata no condujo a fabulosas minas que enriquecieran a sus conquistadores pero atrajo hacia él al menos parte de la producción de plata de Potosí.” (p. 173)

Pero si el párrafo escogido sirve como síntesis, es también, como toda síntesis, sesgada y mezquina. *La pequeña aldea...* da cuenta del trabajo de un historiador sensible a la articulación de tres dimensiones no siempre presentes en los estudios sobre ciudades o sociedades *tempranocoloniales*. La preocupación por articular en la comprensión histórica las contribuciones de la Arqueología, de los enfoques espaciales y de los

³ El lector del libro encontrará seguramente cierta similitud en los nombres referidos (aunque no en la formulación del diagnóstico) con lo expresado por Raúl Fradkin en el prólogo del mismo. He ensayado algunas explicaciones sobre el tema en BARRIERA, Darío “Atributos ausentes, avisos mudos, oídos sordos: la problemática de las formas del poder político en los estudios dedicados al área rioplatense durante el período colonial temprano (siglos XVI y XVII)”, en *Hablemos de Historia*, Año I, núm. 1, UADER, Paraná, 2001, pp. 91-103.

estudios acerca de las interacciones entre las culturas en pugna en el marco de un medio biótico que los constriñe y es transformado, constituye la credencial más importante del libro.

El autor se apoya sobre una plataforma de obras de las cuales sin dudas se ha beneficiado, pero es necesario marcar que la articulación de las inquietudes antes mencionadas en el panorama de una concepción marcadamente constructivista de la historia social, conforma otro de los aportes que no ocupan un lugar secundario a la hora del balance. Por este motivo, González Lebrero rinde tributo a contribuciones precedentes sobre el tema al mismo tiempo que su trabajo se distingue con claridad de ellas.

El esfuerzo por conectar información arqueológica con referencias de viajeros, cronistas y fuentes oficiales obra como soporte para la construcción de un extenso primer capítulo, que plantea el choque de la conquista como un problema complejo. Alguna de las afirmaciones que realiza sobre las características de los grupos humanos originarios abre seguramente caminos para la polémica.⁴ La segunda parte del capítulo, sobre la cual prefiero detenerme, ofrece materiales y reflexiones tan originales como pertinentes.

Siguiendo la línea divulgada por Alfred Crosby,⁵ González Lebrero analiza e interpreta las transformaciones bióticas durante la coyuntura de la invasión y conquista españolas del Río de la Plata, en clave de experiencias espaciales. El diseño se puede esquematizar en cuatro entradas: desbalance en la relación fauna-predadores, superación de la ecuación predatoria (el grupo hispánico orienta sus relaciones hacia alianzas con grupos que practicaban agricultura incipiente), modificación del equilibrio ecológico por los animales europeos (donde destaca la consideración de la “competencia desigual por el alimento” entre los herbívoros autóctonos y los recién llegados) e impactos de la construcción de la ciudad sobre la vegetación (uso de los bosques, desplazamiento de especies autóctonas por la vid, los frutales y cereales, ablandamiento del pasto por parte de los animales).

A esta propuesta ya de por sí compleja e innovadora,⁶ le sigue el análisis de lo que el autor denomina el “desplazamiento y la desestructuración de los espacios indí-

⁴ Cfr. CERUTI, Carlos “Ríos y praderas: los pueblos del litoral”, en TARRAGÓ, Myriam –directora– *Los pueblos originarios y la conquista*, Tomo I de SURIANO, Juan –director– *Nueva Historia Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2000, pp. 105-146. CERUTI, Carlos y RODRÍGUEZ, Jorge A. “Las tierras bajas del Nordeste y litoral mesopotámico”, en ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA –editora– *Nueva Historia de la Nación Argentina. La Argentina aborígen: conquista y colonización*, Vol. 1, Planeta, Buenos Aires, 1999, pp. 109-133.

⁵ CROSBY, Alfred *Imperialismo ecológico*, Crítica, Barcelona, 1988; *El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*, IIH-UNAM, México, 1991.

⁶ En *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense: 1700-1830*, De la Flor, IEHS, UPO, Buenos Aires, 1999, 385 pp., así como en algunos artículos previos a la edición de este libro, Juan Carlos Garavaglia ha puesto en marcha una verdadera línea de trabajo sobre el particular, focalizando sobre todo en el siglo XVIII; no obstante, y hasta donde alcanza la información

genas”: aquí los tópicos son menos novedosos. La atención se enfoca sobre la violencia guerrera, el secuestro de mujeres, el papel de las epidemias y los efectos de repartos y reducciones. Es destacable en este punto la sensibilidad hacia la dimensión política ínsita, por ejemplo, en el cruce de linajes indios, que afectara severamente las organizaciones jerárquicas indígenas (generando problemas en el interior de las comunidades tanto como pleitos entre encomenderos).

Si el primer capítulo carga las tintas sobre los aspectos espaciales y bióticos, el segundo es donde González Lebrero despliega su visión sobre la espacialización efectiva, en términos hispánicos, del área rioplatense. Allí aparecen con claridad tanto los parámetros políticos de construcción de un territorio como los flujos de recursos y de intercambios en los cuales se involucró el nuevo núcleo urbano llamado Buenos Aires. El análisis de la superposición de proyectos de Oidores, Virreyes, Adelantados y Gobernadores, aunque presenta algunas lagunas, es correcto; no por falta de exhaustividad cae el autor en errores. El tercero y el más extenso de los capítulos del libro profundiza, siempre por la vía constructivista, el examen de los elementos claves de la organización hispánica del espacio urbano y de su hinterland.

Aquí entraríamos ya en la letra fina, pero no es este el foro adecuado donde extenderse sobre los aciertos (varios) y contrasentidos (sobre todo pp. 90 y 91) en el análisis sobre la población portuguesa, el tipo de uso que realiza sobre las fuentes provenientes de la Iglesia o lo discutible del marco adoptado para considerar los efectos espaciales de la traza urbana. Tampoco lo es para cavilar sobre las ponderaciones de las cifras de ganado cimarrón o lamentar, por ejemplo, que unas cuantas afirmaciones fuertes no cuenten con la adecuada referencia al repositorio sobre el que se apoyan. Me interesa, al contrario, proponer algunas líneas de discusión sobre el núcleo duro del libro, que no es otro que el de la construcción de un espacio fronterizo en las márgenes del Imperio hispánico.

Sobre el vocabulario y los conceptos

Como preludio a la exposición de los fundamentos sobre los cuales apoyar la discusión, parece prudente explicar el alcance de algunos conceptos que aquí se utilizan, y su valor heurístico en función del área y periodo bajo análisis: cuando hacia finales del siglo XV y comienzos del XVI se abrió el extenso proceso de invasión, conquista y colonización de las tierras transoceánicas por parte de sociedades europeas, arrancó también otro tortuoso y violento capítulo en la historia de los choques entre civilizaciones. Cada una de ellas —múltiples, dado que no puede considerarse que las “americanas” constituyeran una sola— disponía de sus propios regímenes económicos, políticos, religiosos y, por supuesto, de su propia manera de interpretar y comprender el

que tengo disponible, no se han editado libros que sinteticen estas preocupaciones para el periodo cubierto por González Lebrero.

mundo. En este sentido, cuando el historiador realiza sus análisis e interpretaciones, introduce una conceptualización que, de hecho, pertenece a su propio universo cultural. Esta situación está presente incluso en los esfuerzos cercanos a la hermenéutica, que proponen comprender las culturas en sus propias claves.⁷ Así, cuando utilizamos herramientas intelectuales (conceptos) estamos sin duda haciendo elecciones de sentido que producen consecuencias que no deben ser evitadas, sino asumidas. El que los sistemas interpretativos de los pueblos indígenas americanos no se hayan dado en las coordenadas del racionalismo occidental no ha impedido –ni debe impedir– que se puedan analizar, como lo hace González Lebrero, los “usos del espacio” o las “transformaciones bióticas” experimentadas por esas comunidades y sus *hábitat* con conceptos ajenos al universo que se analiza. No me parece que haya aquí violencia alguna. En tal caso, puede advertirse la presencia de la regulación de la producción del conocimiento científico: esto se propone de tal manera porque hoy es posible –hay consenso para– hacerlo de esta forma.

El punto al que quiero llegar es al de la precisión de algunos conceptos que tienen que ver con el análisis de fenómenos *espaciales* –procesos sociales, siempre temporales, que impactan o inciden sobre un sitio, modificándolo– en un tiempo y en unas áreas específicas.⁸ Cuando se realizaron los acuerdos entre los Reyes Católicos y el papa Alejandro VI, el centro de la concesión papal expresada en la bula fue la cesión de una jurisdicción *temporal* a favor de la Corona de Castilla y Aragón y la retención de una jurisdicción *espiritual* en la Santa Sede: pero, ¿sobre qué? Sobre las tierras que se pudieran anexar a la Corona, lo que allí hubiere plantado y sobre sus ocupantes.⁹

⁷ Me refiero aquí a lo que sucede incluso con la tradición hermenéutica dentro de las ciencias sociales, desde la historia conceptual de Koselleck hasta la antropología interpretativa de Clifford Geertz, quien “filtra” para antropólogos e historiadores algunas de las proposiciones de Hans Gadamer. Cfr. al respecto las discusiones sostenidas sobre el punto en los conocidos trabajos del propio Geertz y de G. Levi (“Los peligros del geertzismo”) incluidos en HOURCADE, Eduardo, GODOY, Cristina y BOTALLA, Horacio *Luz y contraluz de una historia antropológica*, Biblos, Buenos Aires, 1995.

⁸ El itinerario del concepto de “espacio” amerita algunos volúmenes aparte. Entre los historiadores, puede decirse generalizando, esto hace referencia al “terreno”, conceptualizado de diversas maneras. Llamaría la atención de no pocos colegas que, entre los geógrafos, el término “geografía espacialista” haga referencia, por ejemplo, a una línea teórica con un fuerte predominio de modelos matemáticos, con tendencia a la geometrización y la abstracción. Es, como decía, un terreno árido que amerita largas discusiones. Hace pocos años, en función de resolver la absurda dicotomía “tiempo/espacio”, Immanuel Wallerstein proponía utilizar solamente el concepto de “las realidades del TiempoEspacio” como “...ingrediente fundamental de nuestro mundo geohistórico”. Sus argumentos son perfectamente pertinentes, sin embargo, el uso no se ha estandarizado. No obstante, y aunque el llamado de atención del Wallerstein parezca montado sobre una obviedad, es interesante constatar la pervivencia tozuda de las divisiones disciplinares heredadas del positivismo, con las cuales obviamente convivimos. Al respecto de la propuesta mencionada véase WALLERSTEIN, Immanuel *Unthinking social science. The limits of nineteenth-century paradigms*, Cambridge-Oxford, 1991, capítulo 10.

⁹ La bibliografía al respecto es incommensurable; de todos modos, las fuentes que plantean los términos que aquí recupero son las Bulas *Inter coetera*, del 3 de mayo de 1493, donde se hacía donación a los

Para comenzar a determinar cuáles serían los conceptos adecuados me apoyo en esta documentación por dos motivos: en primer lugar, los mismos fueron más que “la base jurídica” de la incorporación de las tierras americanas como “reinos de indias” al Orbe hispánico, dado que componían la trama pactista sobre la que se asentó la construcción política, elemento de la cultura que se proponía como regla de juego. En segundo lugar, en esas fuentes (en esa cultura) existen elementos que permiten confrontar y ubicar el significado de los conceptos en uso.

Las mencionadas bulas otorgaban a los Reyes de “Castilla, León, Aragón y Granada” jurisdicción sobre “...tierras e islas y también a sus pobladores y habitantes...”; el texto de la primera *Inter Caetera* decía, por lo demás, “dominio” sobre ellas. Las bulas fueron ofrecidas a los Reyes después de haber llegado las noticias del primer viaje de Cristóbal Colón.¹⁰ El texto de la Bula contemplaba no sólo la dimensión jurídica sino también la judicial: se hacía allí expresa alusión a que cualquier copia del mismo suscrita por un notario público o sellada por alguna persona investida de dignidad o una curia eclesiástica, goce de “...valor probatorio en un juicio o fuera de él...”. La donación debe entenderse, además, en sus términos: tenía una contraparte, cosa poco comprensible si se apela al repertorio jurídico liberal.¹¹ El recurso a este texto no tiene pretensión erudita: sobre él se edificó la efectiva construcción política de las tierras americanas como *territorios*, es decir, como *reinos de indias*. Estas “tierras e islas”, en primer lugar, fueron “territorializadas”, junto con sus gentes: desde luego, desde la perspectiva del invasor, quien demostró disponer de los recursos para imponer las reglas del juego. ¿Qué autoriza a considerar la perspectiva del invasor en la trama de construcciones conceptuales?: el éxito de su empresa. No existe posibili-

Reyes Católicos de las tierras situadas al occidente que no pertenecieran a otros príncipes cristianos; la Bula *Eximiae devotionis* (3 de mayo de 1493) ratificó y clarificó las concesiones hechas a los Reyes de Castilla por la anterior. La Segunda Bula *Inter coetera*, del 4 de mayo de 1493, fijó una línea demarcatoria entre los “territorios” pertenecientes a España y Portugal, situada a cien leguas al oeste de las islas Azores y Cabo Verde. Dado que la latitud de ambos archipiélagos es diferente, la línea no era derecha y no se podía utilizar un meridiano para precisar la demarcación. Ello daría origen al Tratado de Tordesillas de 1494. La Bula *Piis fidelium*, del 25 de junio del mismo año, concedió a fray Bernardo Boil amplias facultades espirituales, a quien los reyes luego enviaron a encabezar la evangelización en el Nuevo Mundo. Y la Bula *Dudum siquidem*, del 26 de septiembre de 1493, que precisó el dominio castellano sobre las tierras que se descubriesen más allá de las encontradas por Colón.

¹⁰ Según las mismas, se “...encontraron ciertas islas lejanísimas y también tierras firmes que hasta ahora no habían sido encontradas por ningún otro, en las cuales vive una inmensa cantidad de gente...”. La concesión del dominio de estas tierras –“...os donamos concedemos y asignamos perpetuamente, a vosotros y a vuestros herederos y sucesores en los reinos de Castilla y León...”– se hizo “...junto con todos sus dominios, ciudades, fortalezas, lugares y villas, con todos sus derechos, jurisdicciones correspondientes y con todas sus pertenencias...”.

¹¹ Alejandro VI agregó que “Y además os mandamos en virtud de santa obediencia que haciendo todas las debidas diligencias del caso, destineis a dichas tierras e islas varones probos y temerosos de Dios, peritos y expertos para instruir en la fe católica e imbuir en las buenas costumbres a sus pobladores y habitantes.”

dad de comprender la historia americana sin tomar seriamente en cuenta ese (amargo) dato. El punto de vista coincide, entonces, con el impuesto por la marcha del proceso: desde el mismo puede afirmarse que, para el siglo XVI y desde la perspectiva de la Corona, las tierras americanas ya *eran territorios*. Pero este criterio no es útil si el espacio-tiempo en estudio son los procesos espaciales del siglo XIX, cuando la problemática del territorio estaba ligada a la construcción del Estado nacional y, por lo tanto, vinculada no sólo con la cuestión de la jurisdicción sino con la del control efectivo sobre las jurisdicciones. Así, los conceptos *no* son evolutivos: son temporales, son temporalmente válidos, pero *no progresan*. Adquieren sentido solamente en configuraciones precisas.

En 1937, O’Gorman había puesto esto en palabras confusas, que de todos modos dejan una enseñanza: afirmaba que en un Estado nacional de tipo confederal, como el mexicano,

“...la fijación de límites precisos es indispensable puesto que las entidades integrantes del territorio son personas jurídicas con derecho de soberanía sobre la extensión de su territorio. En la Colonia no fue lo mismo, y bastaba la enumeración de las cabeceras, con la lista de los pueblos, villas y rancherías sujetos a ellas.”¹²

La frase permite avanzar, en tal caso, sobre la diferencia de naturaleza que existe entre uno y otro tipo de *territorialidad*. Mientras que la primera, de tipo antiguo, se basaba en vínculos contractuales entre el príncipe, los virreinos, las gobernaciones y sus términos (entre los cuerpos de la monarquía), en la segunda, la ficción de los derechos individuales y de la soberanía del pueblo funciona como soporte filosófico del establecimiento de unos criterios de delimitación que, en realidad, persiguen la función *control* de la nueva forma de poder político, el Estado nacional. O’Gorman se equivocaba luego al afirmar que la moderna es de derecho y la antigua es de hecho: ambas son de derecho. Lo que cambia es la naturaleza del vínculo contractual, por la aparición en primer plano de la revolución de la soberanía y del individuo. En las monarquías agregativas de la edad moderna, el problema central no era, como en el siglo XIX, el del “control” del territorio, sino el de la “conservación” de los reinos. Son dos problemas diferentes, que corresponden a dos periodos de la historia occidental completamente disímiles y que, por lo demás, se nutrían de y nutrieron a reflexiones y concepciones sobre la política completamente diversas.¹³ Los términos en que se expresaba la política en la monarquía hispánica hasta finales del siglo XVIII eran *cató-*

¹² O’GORMAN, Edmundo *Historia de las divisiones territoriales de México*, 6ta. ed., Porrúa, México, 1985 [1937], p. 3.

¹³ Cfr. los trabajos de Conrad Russell, Alberto De la Hera, Xavier Gil Pujol y Paul Monod en RUSSELL, Conrad y ANDRÉS-GALLEGO, José –editores– *Las monarquías del Antiguo Régimen ¿monarquías compuestas?*, Universidad Complutense, Madrid, 1996.

licos. Durante el proceso de las revoluciones y contrarrevoluciones burguesas (1789-1848), se destruyeron las bases del Antiguo Régimen y emergieron sociedades apoyadas en bases enteramente nuevas: en este marco se produjo el proceso que Bartolomé Clavero ha denominado de “revolución jurídica” y el nuevo universo al que las mismas otorgaban sentido era *constitucional y burgués*. Y se apoyó sobre las ruinas del otro.¹⁴

En segundo lugar viene la cuestión de la “espacialización”. Hasta ahora, los fenómenos sobre los que se ha llamado la atención son principalmente jurídicos. Por lo tanto, es a partir de textos de inspiración jurídica (de una antropología jurídica) desde donde se delimitará aquí el alcance de la construcción de un “espacio”. Aunque no exclusivamente. En su *Vísperas del Leviatán*, António Manuel Hespanha ofrecía una definición tan acotada como suficiente: el espacio es la extensión organizada.¹⁵ La extensión –las “islas y tierra firme”– formaba parte de *territorios* (tierras asignadas a una jurisdicción política, vinculadas con un conjunto político dotante de sentido territorial) pero podían no ser espacios. ¿Desde qué punto de vista?: desde luego, desde el punto de vista del que organiza.

De esta manera, y esto es muy claro por ejemplo en los cronistas del siglo XVII, las sierras, valles y ríos al sur de los valles calchaquíes (noroeste de la actual República Argentina), eran evidentemente terreno de *experiencia*, medio físico con sentido –un espacio– para los pueblos denominados comechingones. El sur de la mesopotamia tenía también su sentido para los guaraníes; no cabe duda de que, según los términos de nuestros análisis contemporáneos, constituían para ellos un espacio. Formaban parte de un conjunto significativo para los grupos humanos que se relacionaban en ellos. Pero el europeo no percibió como “espacializados” estos territorios que estaban organizados bajo un orden que no comprendían (como sí comprendían la organización de ciudades con centros ceremoniales que articulaban la vida religiosa y política a un tiempo, por ejemplo).

Es por esto que cuando se habla del proceso de espacialización (de organización) desde el punto de vista europeo se habla, siguiendo a Le Goff, de un proceso de “occidentalización del espacio”:¹⁶ aquellos territorios organizados según una cierta lógica que, desde el punto de vista del invasor, debían ser significados, *organizados*, nuevamente. Este fenómeno no cupo dentro de los términos negociables y, por lo

¹⁴ CLAVERO, Bartolomé “Política de un problema: la revolución burguesa”, en CLAVERO, Bartolomé *et ál. Estudios sobre la revolución burguesa en España*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pp. 42-43.

¹⁵ HESPANHA, António Manuel *Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político. Portugal-siglo XVII*, Taurus, Madrid, 1990, p. 77.

¹⁶ Quien considera al “occidente medieval” como una unidad civilizatoria cuya organización reposa sobre la base común de la construcción de una sociedad en términos cristianos. Cfr. LE GOFF, Jacques *La civilización del occidente medieval*, Juventud, Barcelona, 1969, entre otros.

tanto, se utilizó la violencia, otro de los elementos constitutivos de la política.¹⁷ La relación entre espacio (organización), violencia, civilización, política y religión no es gratuita: estaba contenida en los términos de la contraprestación que obligaba a los Reyes Católicos en la Bula; y no es importante porque estaba allí. Estaba allí porque era constitutiva de la civilización occidental, incluso antes del cristianismo.

Cuando Alejandro VI indicaba que se debía instruir a los pobladores de las islas y tierras firmes descubiertas en la “fe católica” no escindía las “buenas costumbres”. La tradición judeo-cristiana (heredera de la grecolatina), articulaba en la *vida en policía* –en rigor, la organización de la población en torno al eje de la plaza, los símbolos de la religión, el gobierno y la justicia– el ideal de la *ciudad terrestre* que, cabe decirlo, era bastante más que un ideal. La semántica de “política” en los términos actuales no existía en el siglo XVI, su significante era *policía*.¹⁸ El nudo gordiano de la policía y de la doctrina era la ciudad; su forma específicamente indiana, la división de la población en “república de españoles” y “repúblicas de indios”. Esta división trascendía incluso la ubicación física: en ciudades en que las dos “repúblicas” no estaban físicamente separadas, igualmente existían; allí era, sobre todo, jurídica. Aquella *policía* era profundamente tributaria de la teología cristiana.

La conquista hispánica en el Río de la Plata

En primer término, parece necesario recordar lo siguiente: cada vez que los españoles encararon la invasión, conquista y ocupación efectiva del litoral paranaense-rioplatense desde el sur, fracasaron. El litoral fue primero incluido jurisdiccionalmente bajo la égida de la sede de gobernación asunceña –en solapamiento con la más abarcativa Lima, capital del virreinato creado en 1534– y espacializado después (a partir de las negociaciones con y la imposición violenta a tribus originarias en la disputa por el control sobre la extensión) *de norte a sur y de noroeste a sudeste*. Esto es nítido y hay que enfatizarlo: el área se organizó a contrapelo de la letra de las Capitulaciones regias, y los agentes operaron desde una dinámica *localizada* sobre bastiones de occidentalización del espacio, sin observar la lógica de la proximidad ni la de una lectura administrativa del espacio. Los contrastes entre los procesos imaginados y cartografiados por los cosmógrafos y cartógrafos de la monarquía con la práctica de la conquista y colonización efectiva son brutales. Mientras que la Monarquía imaginaba jurisdicciones “horizontales”, basadas en cortes meridionales, la extensión sudamericana se espacializaba a partir de los recorridos concretos de los agentes y los frentes de disputa que le planteaban las comunidades indígenas, siguiendo el diseño propuesto por los caminos ensayados para arribar al país de la plata. Un buen ejemplo de

¹⁷ Al respecto véase ARENDT, Hanna *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1995; y *¿Qué es la política?*, Paidós, Barcelona, 1997, 156 pp.

¹⁸ COVARRUBIAS, Sebastián de *Tesoro de la Lengua Castellana*, 1611.

aquellas decisiones administrativas tomadas “desde arriba”, que no mellaron el territorio, puede extraerse de las pergamíneas gobernaciones de Alcazaba (1534) o de Diego Centeno (1548), existentes como concesiones, pero sin consecuencias espaciales ni políticas en el área.¹⁹

La práctica efectiva de la conquista y la colonización —es decir, dos dimensiones de interacción con los otros, interacción asimétrica que, a través de la fuerza, conseguía *imponer* la dominación política y la dirección del flujo de la renta— generaba, desde el punto de vista de los *occidentales*, espacios que no coincidían, desde ya, con los territorios. Se creaban jurisdicciones y se investían justicias con base en los *territorios*, pero la acción, las relaciones sociales y las direcciones del flujo producto de esas relaciones, generaban *espacios* que atravesaban, unían, articulaban y hasta producían cuestionamientos sobre la disposición territorial de la monarquía en sus provincias americanas.²⁰ Se puede decir que el *espacio colonial* tenía una dinámica que desbordaba los *territorios provinciales*. Pero también es preciso señalar que los procesos de *territorialización* y *espacialización*, analíticamente diferentes y diferenciables, coincidían temporalmente, aunque sus desarrollos señalaran tendencias hacia formas que, *cartográficamente*, podían estar reñidas entre sí.

En *La pequeña aldea...*, González Lebrero está sobre una buena pista cuando considera a las distancias y a las fronteras como asuntos atinentes menos a las matemáticas que a las relaciones sociales, pero en la composición final este rasgo se diluye frente a la centralidad que adquiere en su mirada la composición de lugar realizada a partir de la erección de Buenos Aires, objeto de su estudio. En este sentido, hubiera sido deseable dedicar una mayor atención a los vínculos, apenas señalados, con la ciudad de Santa Fe durante los primeros años, tanto como al recorrido de Juan de Garay, cuyo itinerario habla a las claras sobre el trazado de proyectos ambiciosos, contradictorios y que muestran que la secuencia del proceso fue esencialmente conflictiva. Desde este punto de vista, su estudio queda algo desconectado de las direcciones impuestas por el proceso de espacialización tal y como se dio históricamente en el área.

En segundo lugar, existe en el libro una vacilación teórica que, por lo demás, es tácita. Aunque parece haber adoptado el marco *regional* como clave de análisis de la construcción de un espacio, el autor utiliza (¿como sinónimos?) ora la idea de *espacio económico*, ora la vía de la *región* organizada en torno del *mercado* (o de los distintos

¹⁹ Véase NOCETTI, Oscar y MIR, Lucio *La disputa por la Tierra. Tucumán, Río de la Plata y Chile, (1531-1822)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997, pp. 21 y 69.

²⁰ Así lo hacían los agentes, explicando muchas veces las razones *espaciales* por las cuales creían inconveniente estar sometidos a tales o cuales jurisdicciones territoriales. Capitulares de Buenos Aires, por ejemplo, solicitaban a comienzos del siglo XVII que su tribunal de alzada fuera la Real Audiencia de Santiago de Chile y no la de Charcas. BARRIERA, Darío *Vers une histoire politique configurationnelle. Conquérents, familles et rapports de pouvoir dans une ville aux confins de l'Empire Espagnol (Santa Fe, Río de la Plata, XVI-XVII siècles)*, ANRT, Lille, 2007.

mercados, según vaya el fragmento en cuestión por la vía comprensiva o la explicativa). En este sentido, no solamente no inaugura nuevas vías de reflexión –permanece atrapado entre las claves estructuralistas de la teoría perrouxiana²¹ heredada vía Assadourian²² y las neoestructuralistas de la tácita pero omnipresente *ciencia regional*²³– sino que, además, hay que lamentar la ausencia de una discusión teórica explícita, en donde pudieran verse con mayor claridad cuáles fueron las elecciones del autor que, como queda dicho, deben inferirse, en estos dos últimos capítulos, del resultado final.

En tercer lugar, tanto en lo que concierne a la espacialización como a la integración “regional”, vía los distintos circuitos que conducían los flujos del intercambio, que atravesaban y eran atravesados por la actividad de esta nueva ciudad, el diseño es excelente. Sin embargo, en el mismo, queda la sensación de que el autor concibe a las prácticas políticas como fenómenos “casi” derivados de la organización económica. He dudado en introducir esta observación, pero una nueva lectura del escrito me ha disuadido de no plantearla: si la fase organizativa del espacio peruano con su frente atlántico *culmina* (y no comienza, como es evidente) con el impulso que dio el “polo de desarrollo” potosino sobre todo desde la época toledana,²⁴ la territorialización y espacialización del ancho y extenso corredor al sureste del Perú y al sur de Asunción (de los valles calchaquíes a las pampas, de las selvas chaco-paraguayas al estuario platense) fueron fruto de la construcción política, en términos católicos, de fragmentos de la monarquía hispánica que, a su vez, aprovechó y ahondó, por ejemplo, las diferentes rutas (terrestres y fluviales) ya conocidas por los pueblos que controlaban esas tierras antes de la invasión europea. La política fue, en aquella sociedad de Antiguo Régimen, el ámbito de administración y de la lucha por los recursos; fue el terreno de las relaciones sociales en donde se dirimía la distribución y la administración de recursos materiales y simbólicos: los grupos hispánicos no esperaron el cenit de la producción potosina para convertir lo que para ellos era pura extensión en espacios y territorios.²⁵ Bien al contrario, el proceso de especialización se puso en marcha con el

²¹ PERROUX, François *Economía del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1970.

²² ASSADOURIAN, Carlos *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, Regiones y Espacio Económico*, IEP, Lima, 1982.

²³ ISARD, Walter *Métodos de análisis regional. Una introducción a la ciencia regional*, Ariel, Barcelona, 1971; BENKO, George *La ciencia regional*, Univ. del Sur, Bahía Blanca, 1999.

²⁴ El presupuesto que comparte el autor (la expansión de la minería potosina como organizador del espacio peruano) está largamente expuesto en ASSADOURIAN, Carlos S. “La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial. El caso del espacio peruano, siglo XVI”, en FLORESCANO, Enrique *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, FCE, México, 1979, pp. 223-292. He discutido la validez de este supuesto para explicar el proceso de espacialización rioplatense en BARRIERA, Darío *Vers une histoire...*, cit., segunda parte.

²⁵ La creación de jurisdicciones y el asiento de ciudades en toda la extensión al sur de Charcas fue planteada, argumentada y ejecutada parcialmente, según cada caso, por el virrey Aguirre, el oidor Matienzo, el presidente La Gasca (sus cartas de 1547 son elocuentes al respecto), luego por la Real Audiencia de

de territorialización. La creación de unos *espacios* estaba en marcha y *Potosí* actuó como acelerador y como proveedor de nuevos sentidos. Sin embargo, creo que fue desde la práctica política de la Monarquía y de los agentes particulares, desde el conflicto entablado con las comunidades locales, desde la disputa del territorio a los indígenas que se desplegaron todas las estrategias destructivas y constructivas que, con miras a la obtención de recursos –en términos de Assadourian, de maximización u optimización de la extracción de la renta–, desde donde se arribó a las condiciones que derivaron en el apogeo potosino o en la fundación de la ciudad estudiada en *La pequeña aldea*. La reflexión no carga aquí sobre el terreno de determinaciones en última instancia: al contrario, pretende plantear la discusión acerca de las proporciones temáticas presentes en el las redes de causalidades tomadas en cuenta para el análisis.

Mientras que los esquemas brindados respecto del proceso de construcción del espacio relacionados con el litoral paranaense no parecen para este lector absolutamente satisfactorios, los finos análisis que involucran el espacio fluvial del “riachuelo”, al contrario, presentan una originalidad y un valor de primer orden. El autor del libro esgrime un conocimiento del *terreno* en lo que concierne a la ciudad de Buenos Aires que es patente y encomiable: pero su competencia en la asignatura juega en contra del lector no habituado a caminar las calles porteñas que, para su desesperación, buscará en las páginas del libro (inútilmente) algunos planos o mapas que se compadezcan de su ignorancia sobre la materia. La quincena de cuadros y gráficos, al contrario, saldan hasta la salud el apetito de quienes gustamos echar un vistazo a información cuantitativa bien organizada.

Si por algún motivo es posible hablar hoy en día de una “historiografía nacional”, creo que es, básicamente, a partir de que se comparten (se sufren), dentro de un mismo marco jurídico, social, económico y político –dicho rápidamente, dentro del área territorial de un Estado nacional– las condiciones de producción inherentes al oficio que hemos elegido. En este sentido, lo apuntado por Raúl Fradkin en el prólogo, acerca del *asombro* que produce la edición en la Argentina de un libro como el de González Lebrero, no debe ser soslayado. Al contrario, debe ser subrayado con algunos datos que no quisiera dejar de refrescar en esta ocasión. Muchos lamentamos, todavía, que la tesis de Jorge Gelman²⁶ aún permanezca inédita; que los trabajos de

Charcas desde 1563, a lo que se sumaban las fallidas entradas por el Río de la Plata y la descarga asunceña de la década de 1570. Cfr. LEVILLIER, Roberto *Nueva Crónica de la conquista del Tucumán*, Tomo I, Madrid, 1926; NOCETTI, Oscar y MIR, Lucio *La disputa por la tierra...*, cit. y GUÉRIN, Miguel Alberto “La organización inicial del espacio rioplatense”, en TANDETER, Enrique –director– *La sociedad colonial*, Tomo II, de SURIANO, Juan –director– *Nueva Historia Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

²⁶ GELMAN, Jorge Daniel *Economie et administration locale dans le Rio de la Plata du XVIIeme siècle*, Thèse de Doctorat, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 1983.

Saguiet sobre el temprano siglo XVII en Buenos Aires tampoco vieran la luz bajo la forma de libro en español;²⁷ conseguir en librerías un ejemplar de *Contrabando y control colonial...* de Zacarías Moutoukias²⁸ es, tomándolo con humor, una tarea detectivesca, que puede derivar en melancólicas conversaciones con el librero de turno sobre el desaparecido Centro Editor de América Latina y aquellos años felices; no correrá mejor suerte quien intente hacerse dueño por vía legítima de compra en librerías de ejemplares de *Mercado interno y economía colonial...* de J. C. Garavaglia (publicado en México) o de *El sistema de la economía colonial* de Carlos S. Assadourian (editado por casas peruanas y mexicanas).²⁹ Es cierto, las milenaristas ediciones de Historias Argentinas publicadas por Sudamericana o Planeta cubren en cierta forma la demanda de lecturas actualizadas sobre el tema.³⁰ Pero la desaparición de los estantes de aquellos libros sobre los cuales se apuntala la formación de las nuevas generaciones de historiadores, la ausencia de buenos materiales –hija de la crisis y también de la desidia, matrimonio repugnante– es un síntoma de mala salud. En este sentido, los interesados en la materia estamos de parabienes. *La pequeña aldea...*, compendia, actualiza y, en algunos terrenos, ciertamente supera las contribuciones que hicieron época en aquellos libros ausentes. Su publicación no nos dice que el enfermo está curado; pero es un parte que abre cierta esperanza.

²⁷ Sin embargo, desde 2003, poco después que se publicara este artículo en la revista *Prohistoria*, si bien no había libros en formato papel, Saguiet habilitó el acceso a toda su producción, traducida al español, en formato electrónico. Véase www.er-saguiet.org, donde publicó su obra *Un debate histórico inconcluso en la historia de América Latina (1600-2000)*, actualmente en 16 tomos-archivos PDF.

²⁸ MOUTOUKIAS, Zacarías *Contrabando y control colonial en el siglo XVII*, CEAL, Buenos Aires, 1988.

²⁹ GARAVAGLIA, Juan Carlos *Mercado interno y economía colonial*, Grijalbo, México, 1983; ASSADOURIAN, Carlos Sempat *El sistema de la economía colonial...*, cit.; esta obra también fue editada en México por Nueva Imagen.

³⁰ ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA –editora– *Nueva Historia de la Nación Argentina. Período Español*, Vol. 2, Planeta, Buenos Aires, 1999; *Nueva Historia de la Nación Argentina. Período Español*, Vol. 3, Planeta, Buenos Aires, 1999; TANDETER, Enrique –director– *La sociedad colonial*, cit.

Historia cultural de las ciudades e historia de los imaginarios urbanos Argentina y América Latina

DIEGO P. ROLDÁN

Introducción

Desde mediados del siglo XIX, los intelectuales han mostrado una persistente preocupación por analizar la realidad latinoamericana a partir de las ciudades. Tanto los ámbitos de creación como los horizontes de proyección de estas formulaciones sólo podrían agruparse bajo el signo de la diversidad. De modo que la insistencia en explicar o comprender fenómenos históricos, sociológicos y urbanísticos, utilizando a las ciudades como acceso, no ha provocado la fundación de una corriente o escuela de estudios. En rigor, más allá de algunos ensayos circunstanciales, no puede evocarse siquiera una similitud en los acercamientos. En gran medida, esta multiplicidad de enfoques es atribuible a la variedad de disciplinas abocadas al estudio del pasado, el presente y el futuro de las ciudades. Por consiguiente, en las investigaciones centradas en la ciudad predomina una pluralidad de preguntas, de herramientas heurísticas y hermenéuticas, de observaciones teóricas y registros documentales.¹

La producción de conocimientos y las perspectivas analíticas adoptadas por la investigación urbana han respondido a las tendencias dominantes en el campo de las ciencias sociales. También, en ocasiones, las formulaciones quedaron atadas a los requisitos establecidos por el poder político. La relevancia de las *ciudades*, en tanto objeto de estudio, fue indicada por los intereses del presente y del porvenir de las aglomeraciones más representativas de América Latina. Si bien este hecho puede considerarse como un síntoma de la *buena salud* de los estudios urbanos, a largo plazo ha redundado en una paulatina disrupción y asistematicidad de los puntos de vista. Muchos trabajos son el resultado de interrogaciones circunstanciales y azarosas, vinculadas a las coyunturas históricas específicas y a las necesidades del Estado, antes que de la puesta en marcha de un programa académico ordenado y prudentemente distanciado de los intereses del poder.

La intención de este artículo es explorar los enfoques generados por distintas disciplinas sociales respecto a lo urbano, primero, y a la ciudad, en segundo término. El recorrido se inicia con la renovación del campo de las ciencias sociales, acaecida

¹ MORSE, Richard "A Framework for Latin American Urban History", en HARDOY, Jorge Enrique –editor– *Urbanization in Latin America: approaches and Issues*, Anchor Books, Nueva York, 1975. ARMUS, Diego –compilador– *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

en Argentina y América Latina al promediar el siglo pasado. Describir y analizar los supuestos y las preguntas cardinales de las investigaciones efectuadas alrededor de lo urbano y de la ciudad en América Latina y Argentina, desde mediados del siglo pasado y hasta nuestros días, es el objetivo primordial del trabajo. El lector supondrá que este recorrido no puede ser exhaustivo; las parcelas y fragmentos reconstruidos sólo poseen sentido en función del argumento, la interpretación y la propuesta. La relevancia de esta labor de selección y articulación está cifrada en la potencia y perdurabilidad que algunas imágenes de la urbe y la ciudad poseen en la actualidad, y en la operatividad de antiguas hipótesis dentro de análisis contemporáneos, entre quienes reniegan o reafirman, consciente o inconscientemente, las tendencias precedentes.

La exposición ha sido dividida en dos partes. La primera se ocupa de los argumentos esbozados desde la planificación y la sociología urbana y, también, desde la geografía económica. Se concede especial atención a las perspectivas que hegemonizaron el campo de los estudios sociales en los años 1960s.-1970s.: teoría del desarrollo y teoría de la dependencia. La inclinación estructural de ambos corpus teóricos será contrapesada, tratando de evidenciar diferencias y similitudes entre estas formas de analizar lo urbano. La segunda parte estudia un cambio de tono en el campo intelectual, abocándose a los enfoques que concibieron a la ciudad como condensación de realidades concurrentes (económicas, sociales, culturales y políticas). Al promediar los años 1970s. se observa una nueva disposición analítica, encarnada en argumentos que recuperan la política y la cultura como vías privilegiadas para acceder al estudio de las ciudades latinoamericanas. Asimismo, se ensayará relevar las influencias parcialmente desplegadas por esta línea en los llamados *nuevos estudios urbanos*, con el objetivo de propiciar un breve balance sobre las interpretaciones de las ciudades argentinas surgidas en las últimas dos décadas.

De la planificación estructural a la crítica estructural Urbanismo y Sociología: disputas por la interpretación urbana

“Algunos estudiosos han intentado correlacionar la urbanización con el desarrollo industrial o con la evolución de la proporción de personas ocupadas en diferentes sectores de la economía, etc. y han llegado a construir un modelo que, originado en las relaciones observadas en las sociedades actualmente desarrolladas, se utiliza para la evaluación y calificación de los procesos ocurridos en América Latina.”

Marta Schteingart²

² SCHTEINGART, Marta –compiladora– *Urbanización y dependencia en América Latina*, SIAP, Buenos Aires, 1973, p. 12.

“...mostrar cómo y por qué del barro de las ‘villas miserias’ tanto pueda surgir la arcilla para los pies de un coloso populista como las viviendas populares de tierra roja. Roja de la sangre obrera. Y roja de los nuevos horizontes que se habrán abierto. También en lo urbano. Y también a partir de lo urbano. Ese es el sentido de nuestra tarea.”

Manuel Castells³

Las décadas de 1950 y 1960 mostraron al capitalismo en una fase de sostenida expansión económica. La *opulencia* de las sociedades occidentales parecía destinada a perdurar. En este periodo, las naciones europeas comenzaban a restañar las heridas de la Segunda Guerra; al mismo tiempo, se instalaba la división del mundo en dos bloques irreconciliables, cuyo telón de fondo era la Guerra Fría. En ese marco, América Latina, parte constitutiva del *mundo subdesarrollado*, apareció como uno de los terrenos idóneos para experimentar fórmulas orientadas a la reestructuración del diseño que los arbitrios del capital y el mercado habían efectuado sobre las ciudades.

Conforme avanzaba la segunda mitad del siglo XX, las economías europeas y la estadounidense exhibían un capitalismo consolidado. Entretanto, en Latinoamérica las condiciones de la modernización contaban con un arraigo insuficiente en las tramas económicas y sociales. Además, la modernidad periférica carecía de una distribución territorial homogénea. En América Latina predominaban la economía agrícola y un regular crecimiento del sector terciario. Por otra parte, la industrialización sustitutiva y liviana era a todas luces débil e inconclusa. Los imperativos de la época consagraban a la industria pesada como el ariete destructor de las rémoras tradicionales, capaz de propiciar un nuevo y ventajoso escenario para la modernización económica y social. Pero la voluntad reformadora no podía detenerse sólo en el ámbito de las industrias.

La ciudad, medio para la reproducción de la fuerza de trabajo, era concebida en términos del *locus* en el que se sintetizaba la tríada producción-circulación-consumo de mercancías. Regionalmente, las aglomeraciones urbanas fueron consideradas como los nodos de articulación de redes que fraguaban un espacio económico regional. A su vez, las ciudades vertebraban un mercado (interno) de dimensiones nacionales.⁴ Las preocupaciones eran variadas, pero todas visualizaban a la esfera económica desde una perspectiva estructural. A la luz de estos supuestos, resultaba tan necesaria la

³ CASTELLS, Manuel –compilador– *Estructura de clases y política urbana en América Latina*, SIAP, Buenos Aires, 1974, p. 14.

⁴ PERROUX, François *L'économie des jeunes nations*, PUF, París, 1962. CORAGGIO, José Luis “Hacia una revisión de la teoría de los Polos de Desarrollo”, en *EURE*, Vol. II, núm. 4, Santiago de Chile, 1972.

modernización industrial como la construcción de un mercado interno compacto. En este último plano, la ciudad adquiriría un sentido estratégico para la planificación en aras del desarrollo.

La envergadura del proceso de modernización, proyectado por la CEPAL a escala subcontinental, hacía imperiosa la reestructuración de los entornos urbanos. Desde los años 1930s., las ciudades americanas eran el destino de una fuerte corriente de migración interna, cuya fuerza no menguó hasta fines de los años 1970s. Si hacia 1900 los centros portuarios debieron enfrentar el dilema de la inmigración europea, luego de 1930 estas problemáticas se exacerbaron, mostrando nuevos y más complejos contornos. La difícil coyuntura de la década de 1930 expulsó hacia los márgenes de la urbanización a los nuevos migrantes internos, generando incrustaciones tradicionales (interior) en medio de la ciudad moderna que, sin dudas, era Buenos Aires.⁵ Las formas de vida y agrupación de los migrantes internos habilitaron “nuevos” análisis. Estos estudios, guiados por una sociología de matriz estructural-funcionalista, recuperaron las añejas categorías de la sociología durkheimniana (anomia).⁶

Las grandes metrópolis americanas acusaban los rasgos del crecimiento hipertrofico, propio de la primacía engendrada en el pasado colonial. El sector terciario adquiriría una reverberación indeseable para las teorías del desarrollo industrial. Las ciudades eran incapaces de absorber y transformar las nutridas e incesantes olas migratorias provenientes del interior. Las dificultades de los entornos urbanos para modernizar (disciplinar) la fuerza de trabajo proveniente del campo se agudizaban. En definitiva, la integración regional era obstaculizada por una urbanización aislada, polarizada y concertada.⁷

Las teorías de la modernización y del desarrollo prescribían una industrialización que, si bien prescindía de una revolución industrial, consideraba al modelo británico como camino a seguir, bajo los preceptos del *take off*.⁸ Este supuesto ampliaba sus consecuencias más allá de una mera transformación del aparato productivo, exten-

⁵ GERMANI, Gino “Investigación sobre los efectos sociales de la urbanización en un área obrera del Gran Buenos Aires”, en HAUSER, Philippe –editor– *La urbanización en América Latina*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1967. MORSE, Richard “Primacía, regionalización, dependencia: enfoques sobre las ciudades latinoamericanas en el desarrollo nacional”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 11, núm. 41, abril-junio, 1971.

⁶ YALUR DE TOBAR, Margot y CHIRICO, María Magdalena “Clase obrera, anomia y cambio social”, en *Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR)*, núm. 9, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1967.

⁷ HAUSER, Philippe –editor– *La urbanización...*, cit. MORSE, Richard “Primacía...”, cit; *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*, SIAP, Buenos Aires, 1971. CEPAL “Algunos problemas regionales del desarrollo de América Latina vinculados con la metropolización”, en SCHTEINGART, Marta –compiladora– *Urbanización...*, cit.

⁸ ROSTOW, Walt Withman *Las etapas del desarrollo económico: un manifiesto anticomunista*, Siglo XXI, Madrid, 1973 [1961]. DI TELLA, Guido y ZYMELMANN, Miguel *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Eudeba, Buenos Aires, 1967.

diendo sus resultados prácticos al *locus* de reproducción de los complejos industriales: el entorno urbano. Así, la ciudad se constituía en el escenario de la gran transformación ideada por el desarrollismo. La planificación nacida en el seno de la economía ampliaba sus alcances sobre la urdimbre material de las ciudades; una vez más, la intervención del Estado y sus planes de regulación corregirían las *distorsiones* operadas por la libre fluctuación de la oferta y la demanda.

La reforma del parque industrial y de las ciudades pondría al *mundo subdesarrollado* en condiciones para ampliar sus expectativas de integración con el *mundo desarrollado*. La planificación económica, regional y urbana eran los medios para lograr este acoplamiento exitosamente. Se presumía posible colocar en sintonía a la *América subdesarrollada* con el mundo del capitalismo avanzado.

En este camino, el futuro sería conducido armónicamente por un voluntarismo sin medida y una convicción inquebrantable en torno a la neutralidad y eficacia de la técnica y la planificación. Así, el plan fue canonizado como instrumento capaz de abolir la oscuridad de siglos, abriendo verdaderas perspectivas para la modernización. Los razonamientos impulsados por la corriente desarrollista abrevaron en un pensamiento evolutivo, lineal, homogéneo y que entendía al conflicto social en términos de anomalía o desequilibrio funcional. Sin embargo, las realizaciones distaron mucho de los postulados teóricos. Las contradicciones y desequilibrios del crecimiento urbano, ocasionados por un proceso de urbanización sin revolución industrial, no pudieron ser subsanados por una tardía e inorgánica planificación estatal. Los ensayos estatales se mostraron impotentes. La creación de una industria nacional, de ciudades industriales basadas en comunicaciones ágiles y de un mercado interno regionalmente integrado fracasó sin atenuantes.

Para ser justo, deberían también citarse las experiencias positivas. Resultaron notables las reformulaciones de la primacía y los ensayos de descongestión metropolitana que Brasil llevo adelante entre 1957 y 1960. En esos años, Juscelino Kubitschek ordenó la construcción de una nueva capital, alternativa a Río de Janeiro: Brasilia. El flamante centro político se proyectó sobre una meseta, a 1005 metros de altura sobre el nivel del mar, en una región semidesértica. En esa atmósfera, Brasilia se entronizó como la proeza técnica, aunque no estética, del desarrollismo. La planificación de esta ciudad nueva se exhibía capaz de dobligar a la naturaleza inhóspita y a la sociedad tradicional que hasta entonces caracterizaban a América Latina. La traza de Brasilia, debida al arquitecto Lucio Costa, evoca la silueta de un avión: símbolo del despegue de la economía y la sociedad brasileña bajo la conducción del Estado.

No obstante el monumento a la planificación estatal encarnado por Brasilia, el ansiado desarrollo industrial no se manifestó tan vigoroso como se esperaba. Ajeno a los dictámenes de la teoría y a las intenciones de los planificadores, el sector que comenzó a crecer en esta etapa fue el de servicios; una tendencia que hacia fines de los años 1960s. también atañía al resto del mundo. La dependencia de América Latina respecto a los países centrales era un fenómeno cada vez más frecuentemente invoca-

do, a la hora de explicar los obstáculos insalvables con que tropezaba la planificación urbana y regional para el desarrollo.

Las ciudades latinoamericanas abandonaron su contorno material gestado bajo la tutela de las anárquicas fuerzas del mercado, contorno ideal para que el Estado desplegara sus planes de adecuación, regulación y acondicionamiento. La ciudad, en tanto espacio específico, dejó de ser pensada como el teatro para la acción de las fuerzas ciegas del mercado y de los omnipotentes correctivos estatales, representados por la técnica y el plan.

Soberbias láminas y maquetas construidas en las oficinas de Desarrollo y Planeamiento Urbano y Regional, sus voluminosos expedientes anexos, repletos de cálculos estadísticos y de explicaciones teórico-prácticas, quedaron arrumbados en premiosos despachos. Ante las inexplicables dilaciones burocráticas, las aprobaciones parciales y las realizaciones mezquinas, esta jactanciosa planificación para el desarrollo perdió el apoyo de importantes intelectuales, quienes comenzaron a buscar otras respuestas a las preguntas sobre el saneamiento de las ciudades americanas.

Arquitectos, ingenieros y geógrafos emprendieron una reflexión alternativa, que les permitió explicar la inoperancia de la planificación fuera de los límites de ese universo a escala, hecho de papel y grafito. Las conclusiones no fueron del todo alentadoras, aunque la ciudad siguió dominada por la economía, agregando el universo de las clases sociales en lucha que atravesaba las políticas del Estado.

Los años 1970s. trasiegan una desconfianza visceral hacia los desarrollos de una planificación que pudiera remedar en América Latina los logros alcanzados en los países capitalistas avanzados. Los límites de las herramientas ofrecidas por el capitalismo fueron puestos al desnudo. Ni la burguesía, ni su instrumento de dominación política –el Estado-nación– serían capaces de llevar adelante una reforma profunda, léase estructural. Sus intereses atravesaban las fronteras y se colocaban en connivencia con las demandas de los países centrales que expoliaban al mundo periférico. La ciudad era la plataforma para la circulación de las mercancías, inmersa en un mundo constituido por relaciones sociales y de poder asimétricas.⁹ Sus deformaciones y arbitrariedades no podían ser liquidadas a través de un simple plan pergeñado por técnicos y burócratas contratados por el Estado capitalista. Las soluciones ofrecidas por la teoría del desarrollo parecieron completamente equívocas a un grupo de intelectuales, pues la estructura profunda que animaba a la ciudad permanecía inmodificada.¹⁰

La teoría de la modernización fue sometida a una crítica feroz por los intelectuales que enfatizaban la dependencia de América Latina respecto a los países centrales. Las bases evolutivas de esta teoría etapista constituyeron un primer objeto de ataque.

⁹ GUNDER FRANK, André *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1970.

¹⁰ HARDOY, Jorge Enrique y MORENO, Oscar “Tendencias y Alternativas de la Reforma Urbana”, en *Desarrollo Económico*, Vol. XIII, núm. 52, 1974. YUJNOVSKY, Oscar “Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires (1880-1914)”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 14, núm. 54, 1974, pp. 329-372.

Posteriormente, se impugnó la homologación presupuesta por el desarrollismo entre los países periféricos y centrales, su desdén por las condiciones estructurales específicas. La modernización y su hija, la teoría del desarrollo, suponían la posibilidad de completar un proceso de desarrollo análogo, en el ámbito de la economía y la planificación urbana latinoamericana, al que dos siglos antes había protagonizado Inglaterra. Para ambas teorías, el desarrollo estadounidense configuraba un paradigma ineludible.¹¹

“...para entender los fenómenos urbanos es necesario estudiar los mecanismos de tal proceso en lugar de remitirse a la organización de las formas espaciales [...] De esta forma se supera definitivamente la problemática ecológica y se deja de lado la psicología funcionalista que asimila urbanización y “modernización” (léase “yanquización”) [...] Es necesario distinguir entre la reproducción de la fuerza de trabajo, y en el caso de las sociedades dependientes del capitalismo avanzado los dos procesos se disocian de forma extrema.”¹²

Los recurrentes golpes militares y las postergaciones permanentes de los proyectos de reformas urbanas provocaron una transformación en las actitudes de los intelectuales hacia el Estado. La herramienta del desarrollo, el Estado-plan, comenzaba a perder su aura. Las otrora felices condiciones de transformación de la economía y la ciudad ingresaban en un cono de sombras y dudas. Lejos de aquella posición de mediador por encima de las partes, guiado sólo por intereses modernizadores, el Estado fue concebido como un aparato de dominación política, social y económica, la garantía de la reproducción de las condiciones sociales existentes y, en última instancia, de la hegemonía de las clases dominantes.

“...debe afirmarse que [los] efectos [de estas reformas] serán sumamente magros si no se producen transformaciones profundas en el orden social vigente y el sistema de asignación de recursos [...] Si el régimen decisonal no representa los intereses de la mayoría y carece de fuerza legal y real para ejecutar los programas de acuerdo con estos intereses, la planificación será sólo un conjunto de metas formales o de deseos utópicos e inalcanzables. La ciudad seguirá estructurándose de acuerdo con las reales fuerzas socioeconómicas que la conforman, según las ‘verdaderas le-

¹¹ SCHTEINGART, Marta –compiladora– *Urbanización...*, cit., p. 12.

¹² CASTELLS, Manuel –compilador– *Estructura de clases...*, cit., pp. 10-11.

yes del juego'. Porque cada estructura urbana es reflejo del régimen que la genera."¹³

A juicio de estos intelectuales, la reforma urbana, acordada por una planificación integral, entrañaba un formalismo o una utopía, era imposible pensar en términos medios. Sea como fuere era irrealizable, debido a que sus intervenciones se limitaban a experiencias acotadas a la distribución de bienes de equipamiento colectivo, sosteniendo inalteradas las relaciones de propiedad capitalistas.

Las esperanzas de los intelectuales críticos de los años 1970s. se recostaban en las alternativas que ofrecía la realidad cubana. Habían entendido, como lo anunciaba Manuel Castells, que en "...las sociedades dependientes el aspecto principal de los procesos urbanos es la *política urbana*...".¹⁴ Por lo tanto, era necesario lograr acondicionar el universo político, pero no ya a las inversiones y a los negocios de la clase dominante; antes bien, se trataba de utilizar el Estado a favor de las clases populares que poblaban la América Latina profunda, esa realidad socioeconómica que, entre 1930 y 1960, se había asentado en las grandes capitales, donde los migrantes internos eran presa de una persistente marginación.

El horizonte de una racionalidad absoluta era expulsado del campo de la planificación del Estado capitalista. Para que los sueños de ciudades integradas y justas fueran posibles debía mediar la revolución y la transformación de las estructuras políticas. El paradigma no eran los entornos urbanos prohijados por una modernidad supuestamente global y sin fisuras, el ejemplo emergía de entre las aguas del Caribe, encarnado por los desarrollos de la Revolución cubana.

“El caso de Cuba es radicalmente diferente porque allí cambió el modelo de gestión y la revolución introdujo la reforma urbana mediante la ley constitucional del 14 de octubre de 1960 que completa el conjunto de normas dictadas a partir de 1959. La legislación introdujo cambios *estructurales* con respecto a la propiedad de la tierra y los inmuebles urbanos, eliminando la especulación, asegurando la viabilidad del proceso de planificación y el mejoramiento de las condiciones de vida y oportunidades de los estratos medios e inferiores de la sociedad.”¹⁵

Este camino de deriva, que del desarrollo conduce a la dependencia, fue recorrido por un abanico de intelectuales vinculados a la planificación estratégica, que años después hallarían su campo de batalla en la crítica estructural al sistema originado por la

¹³ YUJNOVSKY, Oscar *La estructura interna...*, cit., p. 107.

¹⁴ CASTELLS, Manuel –compilador– *Estructura de clases...*, cit., 12.

¹⁵ YUJNOVSKY, Oscar *La estructura interna...*, cit., p. 85. El énfasis pertenece al original.

dependencia de América Latina. Esta trayectoria intelectual fue ilustrada de manera inequívoca, aunque por momentos algo tibia, por Jorge Enrique Hardoy.¹⁶

Durante las décadas de 1960 y 1970, Hardoy fue, sin dudas, el impulsor más destacado de la investigación histórica urbana en América Latina. Su trabajo se sistematizó en el área a partir de la aparición de su libro sobre las ciudades precolombinas.¹⁷ A sólo dos años de la publicación de ese volumen pionero, Hardoy se embarcó en la organización de una serie de simposios titulados: *Urbanización en Latinoamérica desde sus orígenes hasta nuestros días*, realizados en el marco de los *Congresos Internacionales de Americanistas*.¹⁸ La impronta interdisciplinaria y latinoamericana, que este arquitecto procuró para la investigación urbana, perduró en los desarrollos posteriores, dado que los libros publicados como actas de los simposios fueron de consulta obligatoria para la generación de jóvenes investigadores, paulatinamente especializados en estudios urbanos. Este tipo de posiciones y perspectivas matrizaron los acercamientos a la problemática de la dependencia, tanto en los volúmenes coordinados por Hardoy como por Manuel Castells.¹⁹ Por entonces, el sociólogo catalán, junto al peruano Aníbal Quijano,²⁰ detentaba una posición privilegiada en los estudios de la dependencia, sus proposiciones fueron ampliamente difundidas por las ediciones preparadas por la SIAP (Sociedad Interamericana de Planificación).

A pesar de los matices y de los enfoques, que a primera vista pueden parecer contrapuestos, existen hondas relaciones entre las perspectivas desarrollistas y dependentistas. El famoso volumen de Cardoso y Faletto²¹ constituye una buena demostración al respecto. Ambas teorías utilizan como plataforma interpretativa el orden estructural de los problemas que atañen a América Latina, ambas plantean a la economía como el origen de los desequilibrios y ubican a la política (estatal capitalista o estatal revolucionaria) como instancia de posible solución o profundización de las asimetrías. Pero, fundamentalmente, comparten una visión estructural de los problemas urbanos y ubican a la ciudad como el ámbito de la reproducción de la fuerza de trabajo y de la circulación-distribución de mercancías. En los dos casos, el espacio urbano es pensado como emergente de las relaciones económicas y sociales y de la

¹⁶ HARDOY, Jorge Enrique *Las ciudades en América Latina, seis ensayos sobre urbanización*, Paidós, Buenos Aires, 1972; HARDOY, Jorge Enrique y MORENO, Oscar "Tendencias...", cit. GORELIK, Adrián *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana, Siglo XXI*, Buenos Aires, 2004.

¹⁷ HARDOY, Jorge Enrique *Las ciudades precolombinas*, Infinito, Buenos Aires, 1964.

¹⁸ I Simposio, Mar Del Plata, 1966; II Simposio, Stuttgart, 1968; III Simposio, Lima, 1970; IV Simposio, Roma, 1972; V Simposio, México, 1974 y VI Simposio, París, 1976. HARDOY, Jorge Enrique, MORSE, Richard y SCHAEDEL, Richard –compiladores– *Ensayos históricos-sociales sobre urbanización en América Latina*, SIAP-CLACSO, Buenos Aires, 1978.

¹⁹ CASTELLS, Manuel *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Gustavo Gilli, Barcelona, 1973.

²⁰ QUIJANO, Aníbal *Dependencia, urbanización y cambio social en Latinoamérica*, Mosca Azul, Lima, 1977.

²¹ CARDOSO, Fernando H. y FALETTTO, Enzo *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1969.

distribución sectorial de recursos. Se percibe una marcada influencia de la geografía económica y de las teorías de la localización industrial.²² También el espacio urbano aparece como reflejo de la base económica y de las luchas entre las clases sociales, refrendando las hipótesis sobre la vivienda y la segregación urbana que desarrollara Engels en la segunda mitad del siglo XIX.²³

En orden de precisiones, existen diferencias importantes en cuanto a la toma de posición política, la manera de entender el conflicto, la percepción de la planificación y del Estado y respecto a las aproximaciones sobre los procesos de transformación social, en particular la modernización. Si para los teóricos del desarrollo la política de América Latina debía subrogarse al dictado de los organismos multinacionales orientados por Estados Unidos y Europa, para los de la dependencia América Latina debía darse una alternativa de desarrollo político autónomo, con su horizonte asentado en Cuba. Si para los desarrollistas el conflicto y la crisis eran sólo desajustes funcionales, anómicos y coyunturales, para los teóricos de la dependencia eran rasgos estructurales de un proceso entendido en términos sistémicos. Si para los desarrollistas el plan y el Estado eran herramientas para el desarrollo y mejoramiento del nivel de vida de los latinoamericanos, para los dependentistas constituían formas de dominación y de reproducción del *statu quo* y de los intereses de las clases dominantes locales (periféricas) en connivencia con las clases hegemónicas de los países centrales. Si para los desarrollistas la modernización era una etapa a alcanzar en la evolución de las sociedades y, en sí misma, no comportaba fisura alguna, los argumentos de la dependencia señalaron a la modernidad como un proceso necesariamente contradictorio y a la transformación estructural como consecuencia sólo posible tras el triunfo revolucionario.

A pesar de estas diferencias, los trabajos que exploraban el pasado de la ciudad en los años 1970s. utilizaban la escala subcontinental latinoamericana. Las miradas tendían a ser holísticas, existía entre estos intelectuales una tendencia a la modelización de experiencias de largo plazo, desplegadas en extensiones geográficas considerables. Además, en sus plumas latía la convicción de que era posible historizar las alternativas de la ciudad latinoamericana, desde el periodo colonial hasta nuestros días, en una treintena de páginas. Por otra parte, estos estudios hacían eje en la esfera económica y social y lo que denominaban “nivel decisonal”, es decir, política construida y aplicada desde y por el Estado. Sus preocupaciones estaban orientadas por una tensa relación pasado-presente, marcada, a su vez, por las coyunturas políticas más inmediatas. Por otra parte, en distintas fases de su argumentación recurrían a las teorías sociales clásicas y explicaban con ese marco categorial fenómenos particulares. Desplegaron, así, una ingente cantidad de trabajos, cuya nota más saliente y perdurable

²² CASTELLS, Manuel *Sociología del espacio industrial*, Ayuso, Madrid, 1977.

²³ ENGELS, Friedrich *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Futuro, Buenos Aires, 1965 [1845]; *Contribución al problema de la vivienda*, en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich *Obras escogidas*, T. III, Progreso, Moscú, 1974 [1872].

fue la certeza sobre la existencia de problemas comunes en las ciudades latinoamericanas y la necesidad de la interdisciplina para alcanzar un abordaje satisfactorio.

La obra de James Scobie,²⁴ a la hora de analizar el pasado de Buenos Aires, devela la proximidad y utilización combinada de la planificación para el desarrollo, el estructural-funcionalismo germaniano y la sociología de la dependencia. La investigación del historiador norteamericano transita Buenos Aires, metonimia del desarrollo argentino, desde la *Gran Aldea* hasta la *Metrópolis del Centenario*. Se trata de una historia socioeconómica urbana que se propone relegar a un segundo plano las problemáticas culturales y políticas; sin embargo, estas dimensiones de la vida histórica aparecen solapadamente y en articulación con las instancias económicas y sociales.

La combinación armónica de fragmentos de teorías presuntamente antagónicas (desarrollo-dependencia) resultaba bastante frecuente a comienzos de los años 1970s. En un artículo que inaugura esa década, Richard Morse, por entonces inclinado a reconstruir el pasado urbano mediante series estadísticas, evidencia cómo las teorías de la *ciudad principal* y del *polo de crecimiento*, esbozadas por intelectuales estadounidenses y europeos en clave desarrollista, comenzaban a ser incluidas y transformadas en el corazón de la sociología de la dependencia.²⁵

Además de estas y otras fusiones, el trabajo de Scobie destina un capítulo a realizar un recorrido en retrospectiva entre 1910 y 1880 sobre Buenos Aires, atravesando los lugares más caracterizados de esas épocas. Las páginas de “Un estudio de contrastes. El París del Sud y la Gran Aldea” esbozan un procedimiento de reconstrucción histórica con fuertes signos ensayísticos, lindero con descripciones antropológicas y cuasi literarias.²⁶ Es precisamente en ese punto donde el libro de Scobie se torna clave, ya que, además de sintetizar los tópicos de una época dominada por la planificación desarrollista y la sociología dependientista, ampliaba el horizonte de preguntas y las modalidades para narrar la ciudad, anticipando los tópicos de las décadas siguientes. Así, *Buenos Aires del centro a los barrios* es la bisagra dispuesta para articular, todavía tímidamente, urbanismo y sociología con literatura y cultura.

Las ciudades a través de la literatura

La cultura como acceso y síntesis de la experiencia

“Pienso que la ciudad letrada ha pervivido a todos los trastornos, se ha recompuesto una y otra vez y ha concluido imponiéndose a la ciudad real, condenándola a su

²⁴ SCOBIE, James *Buenos Aires, del Centro a los Barrios, 1870-1910*, Solar, Buenos Aires, 1977 [1974].

²⁵ MORSE, Richard “Primacía...”, cit.

²⁶ SARGENT, Charles S. *The Spatial Evolution of Greater Buenos Aires*, Center for Latin American Studies, Arizona State University, Arizona, 1974.

dependencia. El laberinto de los signos ha adquirido dimensión magnificente y ha convocado a generaciones de hermeneutas para que sigan desentrañando significaciones, intuyendo nuevas disciplinas del saber.”

Ángel Rama²⁷

“Las ciudades se transforman así en teatros; nuestros informantes, en actores. Estos últimos no son simples reporteros u observadores críticos, sino participantes comprometidos con cada fuente o recurso intelectuales y físicos a su disposición, para interpretar no la condición meramente urbana, sino humana.”

Richard Morse²⁸

En el VI Simposio sobre *Urbanización en Latinoamérica desde sus orígenes hasta nuestros días* (París, 1976), Richard Morse criticó tajantemente las interpretaciones que, hasta entonces, habían hegemonizado el campo de los estudios urbanos latinoamericanos. Estas formas de pensar los problemas urbanos habían forjado la imagen dominante de la ciudad latinoamericana en la literatura académica. Dos años después, la comunicación apareció bajo la forma de artículo.²⁹ Se trataba, ante todo, de una propuesta de combate, al tiempo que modulaba en sus últimas páginas un programa que pretendía redistribuir las piezas en el tablero analítico de las ciencias sociales. Los pasajes centrales reseñaban la producción de varios intelectuales latinoamericanos que, entre 1860 y 1940, establecieron, desde las *intuiciones* que admite la forma narrativa *ensayo*, algunas coordenadas clave para pensar las ciudades latinoamericanas. En este sentido, conviene evocar las referencias de Morse³⁰ a la obra de Basadre: *La multitud, la ciudad y el campo en la historia de Perú* (1929). Para el autor, ese clásico trabajo prologaba las futuras discusiones de las ciencias sociales en el terreno de la historia urbana latinoamericana. La tentativa consistía en demostrar que las reflexiones de los intelectuales latinoamericanos sobre sus ciudades, durante la primera

²⁷ RAMA, Ángel “La ciudad letrada”, en MORSE, Richard y HARDOY, Jorge Enrique *Cultura urbana latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires, 1985, p. 34.

²⁸ MORSE, Richard “Ciudades ‘periféricas’ como arenas culturales (Rusia, Austria, América Latina)”, en MORSE, Richard y HARDOY, Jorge *Cultura urbana...*, cit., p. 39.

²⁹ MORSE, Richard “Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)”, en HARDOY, Jorge Enrique, MORSE, Richard y SCHAEDEL, Richard –compiladores– *Ensayos históricos-sociales...*, cit.

³⁰ MORSE, Richard “Los intelectuales latinoamericanos...”, cit., pp. 108-109.

parte del siglo XX, iluminaron parcelas importantes del pasado y el presente subcontinental. Los desarrollos de los ensayistas tenían un tono más profundo que las observaciones técnicas de variables urbanas promovidas, desde 1950, por las ciencias sociales. Estos últimos trabajos, incapaces de compenetrarse con la realidad que analizaban, fueron auspiciados por instituciones y estudiosos ajenos a la realidad americana. La incomodidad que despertaron en Morse estos desarrollos parecía estar potenciada por el hecho de que sus propios estudios participaban, hasta entrados los años 1970s., de todos los vicios que atribuía a esa producción.

No conforme con sus corrosivas afirmaciones, Morse denunció la existencia de puentes culturales que unían al positivismo de fines del siglo XIX y a las “innovadoras” posiciones relacionadas con el desarrollo y la dependencia.

“Sus predecesores positivistas eran más afines a nuestra época de análisis intelectual burocratizado, frío empirismo, desarrollo mecanicista, corporativismo y categorías marxistas, de un discurso científico desprovisto de humor y de una despiadada escisión de los hechos y la fantasía.”³¹

El nuevo programa de Morse, ajeno a la regionalización, la primacía y la dependencia,³² apuntaba a recuperar una visión autóctona y ensayística de la producción del conocimiento social en América Latina, proyecto que con el correr de los años derivó en una notable valoración de las literaturas urbanas. Los escritores fueron considerados agentes idóneos para narrar y sentir la ciudad a un tiempo. La narrativa urbana lograba reponer la evanescente sustancia de la experiencia. En consonancia con esa valoración de la subjetividad, Morse ponía en cuestión la cientificidad de planteos ajenos a la emoción, que guardaban prudente distancia y se autoimponían una asepsia analítica respecto a sus objetos de estudio. La labor del historiador estadounidense tendía a desdeñar a la ciudad como andamiaje construido por cifras y realidades materiales; en cambio, proponía estudiarla a partir de la literatura como una entidad simbólica.

“Quizás en el presente, en nuestra época especializada, neopositivista, debemos delegar a novelistas y poetas la responsabilidad de dar una visión imaginativa, si bien algo ‘afectada’ de las ciudades y de la sociedad. Empero aquellos que aceptan la obligación de la ‘ciencia’ aún hallan indicadores vitales en la perspectiva global y el compromiso moral de los pensadores positivistas.”³³

³¹ MORSE, Richard “Los intelectuales latinoamericanos...”, cit., p. 112.

³² MORSE, Richard “Primacía...”, cit.

³³ MORSE, Richard “Los intelectuales latinoamericanos...”, cit., p. 112.

Las nuevas certezas que aportaba Morse desbrozaban un camino que algunos intelectuales argentinos habían comenzado a transitar, también, a mediados de los años 1970s. Aunque cabe señalar que las impresiones de José Luis Romero sobre el anclaje de la cultura en las estructuras económicas y sociales resultaban más rígidas, y sus argumentos se enlazaban con esa “ciencia” que Morse fustigaba tan radicalmente.

Latinoamérica, las ciudades y las ideas,³⁴ de algún modo, inauguraba un diálogo imaginario entre José Luis Romero y Richard Morse. El libro en cuestión, diseñado a la medida de la erudición y agudeza de su autor, buceaba en el pasado de la ciudad latinoamericana desde la época colonial hasta los años 1960s. Si los textos editados por SIAP, durante los años 1970s., contaban con una parte general (problemas tratados a escala latinoamericana) y otra dedicada a estudios de caso (problemas tratados a escala regional o urbana), la obra de Romero invierte estos términos. *Latinoamérica...* recupera la historia de la ciudad latinoamericana partiendo de un caso singular (Buenos Aires), y desde lo más próximo y conocido se allana el camino hacia lo más lejano y ajeno. Al rozar niveles de generalización, los argumentos de Romero no consiguen ocultar al lector que su objeto de reflexión primaria es la capital argentina. Esta operación, que se convierte en una perspectiva analítica, hace posible que, debajo de la erudición y el riguroso trabajo del historiador argentino, surjan trazos ensayísticos, formas de reflexión que colocan a Romero en un acuerdo al menos relativo con las proposiciones de Morse.

Latinoamérica, las ciudades y las ideas fue calificado por Halperin Donghi³⁵ como un trabajo de enorme relevancia y magnitud para la historiografía argentina y latinoamericana. En sus páginas Romero analiza las ciudades desde su morfología, sus tejidos económicos y sociales, su función en el marco nacional y continental, su posición respecto al campo y sus relaciones de producción y circulación. No obstante este interés por las estructuras, la tipología histórica de las ciudades latinoamericanas ofrecida por Romero se construye a partir de los grupos políticamente hegemónicos y culturalmente influyentes. Son ellos, y no las estructuras económicas, los que esbozan los trazos y dotan de carácter a la ciudad latinoamericana. Una ciudad extraña a la determinación mecánica de los análisis dependentistas revive como entidad cultural a través de la pluma de José Luis Romero. Si bien es cierto que, refrendando viejas sentencias sarmientinas, la ciudad y la cultura aparecen en un primer plano, no lo es menos que la articulación con el nivel económico-social se establece de modo más complejo y pluridimensional. El concepto de ciudad trasciende a su forma física, a la traza urbana, al conjunto de relaciones de producción, al mercado regional y a la jurisdicción municipal de límites precisos.

³⁴ ROMERO, José Luis *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005 [1976].

³⁵ HALPERIN DONGHI, Tulio “José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 20, núm.78, 1980.

Los títulos del artículo de Morse (1978) y del libro de Romero (1976) aportan un dato significativo: la elección del término *ciudad* para denominar al objeto de estudio, un indicio no poco relevante durante los años 1970s., década dominada por los esquemas dependentistas y heredera de las formalizaciones de los modelos urbanos desarrollistas. En este marco, donde la palabra a la orden del día era *urbano*, ambos investigadores recelan de su empleo. No resulta azaroso que tal actitud se produzca luego de la desafiliación o alejamiento crítico de Romero y Morse respecto a las teorías que habían propulsado la interpretación de la ciudad americana como realidad física, objetiva, cuantificable e incluso operable matemáticamente, *new geography* mediante.³⁶ La ciudad resurgía en un plano axial recuperando los problemas culturales y políticos. Los estudios de recuento de infraestructura, habitantes, redes comerciales, servicios y parque industrial para el desarrollo, paulatinamente fueron ganados por un nimbo de extemporaneidad. El concepto de ciudad trasciende a la simple forma física, la infraestructura construida, la cantidad de habitantes, las relaciones de producción, etc. Si el sentido de lo urbano se aplica al conjunto anteriormente enumerado, el de ciudad designa, en cambio, una relación social compleja atravesada por la cultura, la política y la justicia.³⁷

Efectivamente, la publicación de *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* ensambló la historia de las ciudades con la historia de la cultura, reinventando una historiografía que hizo de su *métier* la comprensión de cuestiones culturales y políticas en materia de historia de las ciudades. A pesar de esta reubicación de la cultura en la agenda de las ciencias sociales –cuyo impulso fue, sin duda, potenciado por la Antropología– los trabajos de Romero y Morse mantienen la atención sobre la ciudad *real*, pues ambos compartían la convicción de que era a partir de la ciudad material que se elaboraban las representaciones sociales que conforman la cultura ciudadana. Pero, también, ambos lanzaron su programa para una historia de las ciudades en un momento difícil de la historia argentina, en particular, y de América Latina en general: la década de los gobiernos militares.

En el caso que más conozco, los nefastos efectos del golpe de Estado de 1976 tuvieron un enorme alcance, tanto para el país como para las ciencias sociales, y ocasionaron pérdidas irreparables. Cuando las garantías constitucionales fueron recuperadas, cuando se normalizó la vida institucional de las universidades, el anclaje de las representaciones en las relaciones sociales y los entramados materiales fue perdiendo entidad. Paradójicamente la *historia de las ciudades* perdía nuevamente la pulseada a manos de la *historia urbana*.

³⁶ ECHENIQUE, Marcial *Modelos matemáticos de la estructura espacial urbana. Aplicaciones en América Latina*, SIAP, Buenos Aires, 1974.

³⁷ BARRIERA, Darío “La ciudad y las varas: justicia, justicias y jurisdicciones (ss. XVI-XVII)”, en *Revista Historia del Derecho*, XXXI, Buenos Aires, 2003.

Una posta en este itinerario fue el trabajo del uruguayo Ángel Rama *La ciudad letrada*.³⁸ Sus principales planteos señalaban la dependencia de la ciudad material o real respecto a la ciudad imaginada, a la ciudad representada. El estudio de Rama contiene algunos párrafos que destacan una cuestión, apenas notada por los analistas de la historiografía de los imaginarios urbanos: la autonomización cuasi absoluta de los significados respecto a sus referentes reales. Aunque es cierto que los mecanismos de estos juegos del lenguaje, en los que se despliega la autonomía, son reconstruidos en el marco de la dialéctica destrucción-construcción propia de la experiencia moderna.

“Una vez construido se impone sobre lo real como una red que confiere significación, a veces incluso existencia. La evolución de este sistema simbólico ha sido impetuosa a través del tiempo y parece haber alcanzado en nuestra época su apoteosis en una urdimbre de señales, índices, diagramas, siglas, logotipos, imágenes convencionales, números, etc., que remedan lenguajes y aun procuran alcanzar la doble articulación de la lengua. Ya sólo responden vagamente a los datos particulares, concretos, independientemente como significaciones que establecen por su cuenta los significantes que necesitan y los ponen a su servicio.”³⁹

A pesar de que la salida del texto plantea una lucha por la recuperación del sentido y postula una búsqueda de un lenguaje intersubjetivo, socialmente relevante en términos comunicativos, este trabajo provoca un sabor de lectura desconcertante. Muchas páginas del estudio permiten filiar los desarrollos de Rama con el post-estructuralismo y presentan parcialmente los caminos que, en algunos años, siguió cierta tendencia de la crítica literaria que sostiene la plena autonomía del lenguaje respecto a los lugares de enunciación-producción.⁴⁰ Probablemente, esta lectura de resultados sea injusta con el trabajo de Rama. Sus propuestas nuevamente compelen a analizar la ciudad desde la cultura (escrita), dando lugar a un nuevo conjunto de investigaciones.

³⁸ Este trabajo fue presentado por Rama en el *VIII Simposio sobre la Urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días*, realizado en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Stanford, California, en septiembre de 1982.

³⁹ RAMA, Ángel “La ciudad letrada”, cit., p. 22.

⁴⁰ Diez años después la historiadora brasileña de lo urbano Sandra Jathay Pesavento exponía este punto de vista de un modo más sofisticado y menos tajante. “...a tarefa do historiador seria captar a pluralidade dos sentidos e resgatar a construção de significados que preside o que se chamaria a ‘representação do mundo’. Mais do que isto, tomamos por pressuposto que a história é, ela própria, representação de algo que teria ocorrido um dia. Distinguiríamos, portanto, o que se chamaria ‘passividade’ (o real acontecido) da ‘história’, entendida como narrativa que ‘representa’ através de texto e imagem [...] resgatar a cidade através das representações, entendendo o fenômeno urbano como um acúmulo de bens culturais. Ora, considerando a cultura como uma rede de significados socialmente estabelecidos, a cidade é o espaço por excelência para a construção destes significados, expressos em bens culturais. Nosso intento é, pois, resgatar a cidade como real através da ‘leitura da cidade’, ou de suas representações. Entender a questão

En la misma compilación, Richard Morse⁴¹ reflexionaba en torno a la ciudad moderna y sobre las peculiaridades de la modernidad en la “periferia”; sus argumentos estaban en consonancia con la producción que se había iniciado en los años 1960s.,⁴² que se había expandido en los años 1980s. en su país natal,⁴³ e inspiró un atractivo estudio de historia cultural argentina.⁴⁴ Las ciudades latinoamericanas reconstruidas por el investigador estadounidense constituían sendas hacia la modernidad, caminos que, antes de ser aislados y analizados, debían ser recorridos, experimentados y descritos densamente. La experiencia comenzaba a ser una de las claves para comprender la ciudad; para acceder a ella eran indispensables las fuentes literarias, donde quedaban anotadas las imágenes del pasado, las necesidades del presente y las esperanzas del porvenir de las multitudes anónimas que pueblan las ciudades. Morse intentaba dilucidar las formas que adoptaba el impacto de la modernidad capitalista en los entramados urbanos, especialmente, se ocupaba de las percepciones de los actores que deambulaban por las calles, de sus impresiones respecto a una infraestructura sujeta a continuas modificaciones, de las sensibilidades activadas por el espacio y de las relaciones que configuran la existencia cotidiana. Su tesis central postula que en las áreas *periféricas* existen las condiciones para generar expresiones culturales de vanguardia (léase originales) y que Latinoamérica no encarnaría simplemente un espejo distorsionado de los áuricos desarrollos europeos.

El capitalismo clásico había encontrado su meca del consumo, mas no de la producción artística. *París, capital del siglo XIX* de Walter Benjamin⁴⁵ era leída por Morse a la luz de los desarrollos de *Dialéctica del iluminismo* de Adorno y Horkheimer,⁴⁶ emergiendo simplificada como la capital de la “proto-industria cultural”. Morse consideraba la existencia de ciudades excéntricas, Viena y San Petersburgo, en las que paralelamente florecía una experimentación artística peculiar, engendrada por la experiencia de una modernidad desplazada. Al igual que París en el diecinueve,

deste modo não é submetê-la a um mero jogo de palavras, mas sim partir do pressuposto de que as representações são parte integrante também daquilo que chamamos realidade.” PESAVENTO, Sandra Jathay “Moito além do espaço: por uma história cultural do urbano”, en *Estudios Históricos*, Vol. 8, núm. 16, 1995, pp. 280-282.

⁴¹ MORSE, Richard y HARDOY, Jorge *Cultura urbana...*, cit.

⁴² SCHORSKE, Carl E. *Viena fin de siècle*, Gustavo Gilli, Barcelona, 1981 [1961].

⁴³ PICK, Burton *The image of the City in Modern Literature*, Princeton University Press, Princeton, 1981. BERMAN, Marshall *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad, Siglo XXI*, Buenos Aires, 1989 [1981].

⁴⁴ SARLO, Beatriz *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

⁴⁵ BENJAMIN, Walter “París capital del siglo XIX”, en *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 1998 [1935].

⁴⁶ HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor *Dialéctica del iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

la capital del siglo XX, Nueva York,⁴⁷ tendría como lugares de producción cultural vanguardista a las ciudades latinoamericanas, sitios donde la modernidad llegó en una modalidad imperfecta e inacabada. Precisamente, esa cualidad hacía que las ciudades latinoamericanas fueran semilleros de unos valores y unas sensibilidades que el desencantamiento europeo y estadounidense tornaban imposible de reencontrar. En última instancia, Morse deseaba poner en cuestión el mismo término “periferia”, sugestivamente encomillado en su título. El espíritu de debate puede constatarse claramente cuando el autor desdén los argumentos de la teoría de la dependencia y su potencial transferencia al plano cultural, marcando su posición en defensa de una vida cultural autónoma y autocentrada.

“Muchos historiadores, desalentados tal vez por la multiplicidad de América Latina e impacientes ante sus resistencias selectivas a los axiomas de la modernización, caen en una interpretación que hace de estos países la cola de perro del capitalismo internacional. La injerencia de la economía extranjera periodiza su tratamiento y, en todos los periodos estudiados, desde el siglo XVI hasta el XX, detectan la inexorable comercialización de los vínculos humanos y la conversión de la casta en clase. Nuestros testigos desde el interior, sin embargo, dan a entender que la cola se mueve obstinadamente [...] Los artistas modernistas de los años 20 y los novelistas desde la década de 1950, sin embargo, aportan renovadas visiones y sacan a luz nuevas cuestiones. Desafían la eficacia del ‘tiempo’ evolucionista. Los novelistas exhortan de mil modos distintos a América Latina para que ponga límites a la racionalización y al desencanto.”⁴⁸

Si bien puede sostenerse que “Ciudades ‘periféricas’ como arenas culturales” es un trabajo más preocupado por la hermenéutica de la cultura latinoamericana que por las ciudades en sí mismas, coloca el acento en las representaciones de las calles, en la cultura y la vida desplegada por los actores en el marco de las ciudades. El ensayo cuestiona, en consonancia con *El espejo de Próspero*,⁴⁹ el concepto de *periferia* y de esa manera inaugura y legitima los posteriores estudios sobre la modernidad de los imaginarios urbanos, efectuados desde una perspectiva latinoamericana. El gesto de Morse inscrito en la modalidad de acceso a la ciudad, en el tratamiento del material documental y en la forma de pensar la cultura ha dejado hondas huellas en la historiografía posterior. Antes de continuar, vale la pena señalar un desplazamiento

⁴⁷ BERMAN, Marshall *Todo lo sólido...*, cit.

⁴⁸ MORSE, Richard “Ciudades ‘periféricas’...”, cit., p. 57.

⁴⁹ MORSE, Richard *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, Siglo XXI, México, 1982.

sintomático: de la *cultura de las ciudades periféricas*, la atención se desliza hacia los *imaginarios urbanos latinoamericanos*.

“Mesmo que o processo de renovação urbana em curso não se aproximasse, em termos de escala, do das metrópoles reais que suportavam o conceito, a população afetada pelas demolições vivenciava a situação como pertinente ao acesso à modernidade. Em suma, os portoalegrenses sentiam a sua cidade como metrópole e a representavam como tal em crônicas de jornais, poesias, imagens e discursos variados. Estaríamos diante de um imaginário social sobre a cidade-metrópole que, sem correspondência efetiva com o real concreto, tinha uma existência claramente delimitada pelos padrões de referência conceitual vigentes no mundo capitalista. Poderíamos talvez dizer que Porto Alegre se sentia metrópole sem o ser realmente, mas esta sensibilidade fazia com que a representação imaginária ganhasse força de realidade. De uma certa forma, esta idéia é esboçada por Marshall Berman (1989) em sua celebrada obra, quando diz que, para determinadas regiões, òcomo a Rússia czarista, a modernidade aparece como algo distante, de que se ouve falar, de que se tem um certo conhecimento, que almeja experimentar, e que se consubstancia, por vezes, num único elemento, convertido em emblema da tal modernidade. Neste sentido, a avenida Borges de Medeiros, de Porto Alegre, e a perspectiva Nevski, de São Petersburgo, cumpririam o mesmo papel de representação simbólica da modernidade desejada.”⁵⁰

Desplazamientos: imaginario urbano/cultura ciudad

Los años 1980s. y 1990s. pusieron en discusión los modelos historiográficos dominantes; los objetos de estudio tendieron a la fragmentación y a la desmultiplicación. Los análisis de largos periodos históricos, desplegados sobre vastos espacios geográficos, quedaron definitivamente desplazados de la agenda de las ciencias sociales. La historia urbana acusó este impacto en sus temas y modalidades de análisis. Al mismo tiempo que nuevos registros documentales actualizaban la visión de lo urbano, los estudios culturales y del imaginario efectuaron aproximaciones a lo urbano desde diversas inscripciones disciplinares.⁵¹ En Argentina, particularmente, este campo de

⁵⁰ PESAVENTO, Sandra Jathay “Moito além...”, cit., p. 286-187.

⁵¹ BACZKO, Bronislaw *Los imaginarios sociales. Memorias colectivas y esperanzas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991. SILVA, Armado *Imaginarios urbanos. Bogotá y Sao Paulo, cultura y comunicación urbana en América Latina*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992.

estudios ha sido abonado por un conjunto de profesionales vinculados, primigeniamente, a la historia de la arquitectura e inclinados luego hacia una historia cultural y urbana.⁵²

Justamente, un destacado miembro de este grupo, Adrián Gorelik,⁵³ ha señalado su desconfianza respecto a las posibilidades para el desarrollo de este tipo de estudios en el campo de las ciencias sociales. Sus argumentos, publicados en un texto muy difundido durante los últimos tres años, sostienen, en primer lugar, que existe un agotamiento de las promesas que se habían asignado a los estudios culturales urbanos. Si bien reconoce que esta práctica académica es hoy día muy amplia, señala que las condiciones de las cuales extraía su vitalidad y capacidad crítica han tocado definitivamente a su fin "...nunca se habló tanto de imaginarios urbanos, al mismo tiempo que el horizonte de la imaginación urbana nunca estuvo tan clausurado en su capacidad proyectiva."⁵⁴

Para el autor de *La Grilla y el Parque*, los planteos de Romero, Morse y Rama hundían sus raíces en un suelo que no sólo contenía un proyecto científico, una práctica puramente académica, sino que también extendía sus consecuencias y se tensaba con un "desafío intelectual y político". Para Gorelik los tres estudiosos, a los que dedica su artículo, colocaron en el centro de la cultura urbana la labor de los intelectuales y de los artistas, constructores de las matrices de codificación, recodificación y transformación simbólica y real de lo urbano, en tanto realidad social y cultural. Romero, Rama y Morse escribieron sobre estas ciudades, sus intelectuales y su cultura y, paralelamente, dieron vida a un programa intelectual para las ciudades y la cultura latinoamericana. Actualmente, la visión del historiador argentino enfatiza la paradoja de una explosión de la veta culturalista contenida por aquel programa, pero también constata, no sin cierta nostalgia, la desaparición de la voluntad de componer un programa intelectual y político transformador de esa cultura.

Durante los años 1980s. y 1990s. ha crecido entre los intelectuales un rechazo a las formulaciones de la planificación urbana, se han impugnado los criterios analíticos que hacían de lo político (Estado) el agente de una transformación planificable. Según Gorelik, este rechazo contribuyó al primer impulso de los nuevos estudios sobre los imaginarios urbanos, que pregonaban la recuperación de la *ciudad vivida*, plena de los deseos y las fantasías de los actores. No obstante, según este historiador, esa línea pecaba por ingenua, creyó que cuanto dimanaba del Estado era negativo y que había que ocuparse de las *verdaderas* motivaciones de los actores, sin caer en la

⁵² ROLDÁN, Diego "La construcción de la urbe y de la ciudad en la historiografía argentina. Un vistazo al último medio siglo", en BARRIERA, Darío y ROLDÁN, Diego –compiladores– *Territorios, espacios y sociedades. Agenda de problemas y tendencias de análisis*, UNR Editora-Serie Materiales de Cátedra Escuela de Historia, Rosario, 2004.

⁵³ GORELIK, Adrián "Imaginarios urbanos e imaginación histórica", en *EURE*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Vol. XXVIII, Santiago de Chile, 2002.

⁵⁴ GORELIK, Adrián *Miradas sobre Buenos Aires...*, cit., p. 260.

cuenta de que estos impulsos para la acción, cuando no son dados por el Estado, son producidos por las fuerzas del mercado. Entonces, es el mercado quien gobierna en soledad ese caos vital de la ciudad que intentan recuperar los estudios sobre los imaginarios urbanos más recientes.

La antinomia y el relevo propuesto entre el Estado y mercado dejan fuera del escenario de la historia a la sociedad civil y a su capacidad de autoorganización, a sus tramas capilares que contradicen, quizá sin contar con un programa y una organización sostenida, tanto los dictámenes del poder político como los del poder económico encarnado en el mercado. Desde esta óptica, tanto el mercado como el Estado se erigen como sistemas totalitarios, que no dejan resquicio ni posibilidades alternativas para la acción. Tanto más desalentador resulta este diagnóstico, cuanto no permite inquirir respecto a las formas de construcción del poder político, en este caso el Estado, y a sus posibilidades de transformación y vigencia. El Estado parece, entonces, existir más allá de la voluntad de los agentes que lo animan e incluso contra ella.⁵⁵

Resulta imposible recomponer las utopías y el proyecto político que animaban las pesquisas de Romero, Morse y Rama. Es cierto que, en ocasiones, la imposibilidad de una relación tensa de los historiadores con el presente desvirtúa y vacía de sentido proyectos y marcos analíticos diseñados y utilizables con toda su potencia sólo en un contexto histórico preciso.⁵⁶ Sin embargo, el reemplazo, superficialmente imperceptible y anodino del concepto de *ciudad* por el de *urbano*, del concepto de *cultura* por el de *imaginario* dan testimonio, son señales, de la internalización por parte del instrumental analítico de las ciencias sociales de esa incapacidad para pensar la ciudad en paralelo con el cambio, para imaginarla más allá de las coordenadas de lo realmente existente, entendiéndola como una realidad construida por la interacción de relaciones sociales en sentido amplio, para afirmar, en definitiva, que la ciudad es una *configuración de sentido* en perpetuo movimiento.

Refundar la utopía no sólo depende del contexto de producción del conocimiento, emplear conceptos hábiles para pensar el cambio suele contribuir, también, a la propia transformación.

Conclusiones

Existe una amplia tradición que caracteriza a las ciudades como el escenario de la política y la cultura. Sin embargo, luego de 1945, las miradas de los intelectuales latinoamericanos sobre lo urbano tendió a difuminar la impronta de esta tradición. A la salida de la Segunda Guerra, el problema al orden del día era la reconstrucción, la puesta en marcha de mecanismos adecuados para el desarrollo de la industria pesada y el acondicionamiento de las ciudades con el objeto de reproducir ampliamente

⁵⁵ BARRIERA, Darío "La inutilidad de la historia: de Tácito a Cromagnon", en *Contrahistorias*, núm. 5, Morelia, 2005.

⁵⁶ SARLO, Beatriz "Olvidar a Benjamin", en *Punto de Vista*, núm. 53, noviembre de 1995.

esos procesos. Europa debía ser reedificada a través del Plan Marshall; al mismo tiempo, Latinoamérica debía desarrollarse, aunque los planes no fueran tan orgánicos ni las sumas tan abultadas. Luego de 1955, en Argentina, que desde hacía una década se reconocía parte de América Latina, las pesquisas sobre lo urbano estuvieron orientadas a dar con las claves para la consecución de un desarrollo económico armónico, condición necesaria, según el grupo de intelectuales ligados a la CEPAL, para el desarrollo cultural y político de las naciones y de las ciudades latinoamericanas. Se intentaba hallar las bases estructurales para avanzar hacia un desarrollo exitoso; la grilla de preguntas asociadas a esta finalidad desdibujó los problemas de la cultura de las ciudades y desplazó el eje de la discusión hacia la economía de las ciudades industriales, en términos de producción, circulación y reproducción. Si la geografía económica, basada en los modelos de la física mecánica y del estructuralismo, dominaba las articulaciones de posibles mercados internos –dentro de los cuales la cultura no era determinante–, la planificación estatal y la estabilidad de los elencos burocráticos desbarataron todo tipo de interrogantes en torno a la forja de una cultura política ciudadana. La ciudad abandonaba su rol de fragua política para convertirse en el escenario de la planificación estratégica urbana, dirigida por los departamentos estatales. Se reponía, bajo el ropaje de nuevas sofisticaciones, el viejo dilema *política o administración*.

En este marco, los problemas atinentes a la materialidad de los centros urbanos dominaban la matriz de interpretación intelectual y, asimismo, la política fue restringida al estatuto de política estatal orientada a la planificación de la economía y de la ciudad, como ámbito de reproducción de la fuerza de trabajo en el paradigma industrial fordista. El espacio era, en este campo interpretativo, la resultante de la interacción de las fuerzas anárquicas del pasado (mercado) y su regulación-corrección a partir de la intervención planificadora del Estado (futuro).

Las variantes dependentistas de estos argumentos no ofrecieron una alternativa demasiado clara al problema cultural y político de las ciudades. Probablemente, su aporte crucial estuvo vinculado con la elucidación de los intereses que animaban y limitaban los alcances de la ciencia, la técnica y la planificación provista por los Estados nacionales en las áreas periféricas del modo de producción capitalista. Pese a la atención dispensada a estos fenómenos, la política fue disuelta junto con la cultura en la estructura de clases y en la división centro-periferia que abarcaba a todo el planeta, así, el espacio de las ciudades fue concebido como el reflejo de las relaciones sociales de producción y circulación. De manera que las inquietudes sobre la política y la cultura ingresaron en este esquema con una fuerte carga epifenoménica. El decurso de la historia era definido por otras fuerzas, trascendentales, ubicadas en el nivel esencial del despliegue de las estructuras económico-sociales.

Fue necesario aguardar a la segunda mitad de la década de 1970 para que en los estudios de Richard Morse y José Luis Romero la ciudad fuera considerada nuevamente como escenario privilegiado de la política y de la cultura. En estas visiones, la ciudad emerge a través de un análisis cualitativo que escoge como acceso analítico a

la literatura, aunque no desdeña, al menos en la perspectiva de José Luis Romero, la relación de los niveles culturales y políticos con las estructuras económicas y sociales. La visión propuesta replantea, sin eliminar las diferencias entre Romero y Morse, la relación de cultura y política con las expresiones relativas a los niveles económico y social, desbaratando la vinculación mecánica estructura social-estructura espacial que establecían las teorías de la dependencia. En Argentina, esta línea de investigaciones fue desmantelada por la salvaje interrupción que implicó el terrorismo estatal practicado desde mediados de la década de 1970 y hasta los primeros años de la siguiente.

Luego de la “recuperación democrática” y especialmente en los años 1990s., la historia de las ciudades se halla hegemonizada por una perspectiva que hace hincapié en los fenómenos culturales y que se reivindica heredera de aquella tendencia historiográfica truncada. Sin embargo, esta *nueva historia cultural urbana*, marcada a fuego por la vigencia de los estudios culturales,⁵⁷ vuelve a colocar en el centro de lo político al Estado y a los proyectos de los sectores hegemónicos y letrados. Consecuentemente, halla el eje de la cultura en los medios intelectuales y prescinde de auscultar a la cultura popular. Lejana a sus preocupaciones están los ámbitos de sociabilidad, las prácticas y las formas culturales de apropiación de la ciudad. La vida cotidiana, que anima la existencia de los sectores populares urbanos aparece fuera de su agenda de problemas y fructifica en el marco de historiografías que consideran a la ciudad como soporte o continente y no como parte constitutiva de la configuración de las relaciones sociales de los agentes históricos que producen sentido a través de sus prácticas. Semejante forma de historizar la experiencia cotidiana de los habitantes de las ciudades, en sus realidades más inmediatas, en el espacio de sus prácticas y sus vivencias integradas a la ciudad, requiere de una epistemología, todavía en construcción, que analice el tiempo y el espacio como variables integrales de la realidad sociocultural.⁵⁸

Bibliografía

ALMANDOZ, Arturo

“Notas sobre historia cultural urbana. Una perspectiva latinoamericana”, en *Perspectivas Urbanas/Urban Perspectives*, núm. 1, Madrid, 2002.

ARMUS, Diego –compilador–

Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

⁵⁷ ALMANDOZ, Arturo “Notas sobre historia cultural urbana. Una perspectiva latinoamericana”, en *Perspectivas Urbanas/Urban Perspectives*, núm. 1, Madrid, 2002.

⁵⁸ DE CERTEAU, Michel *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 1996.

BACZKO, Bronislaw

Los imaginarios sociales. Memorias colectivas y esperanzas, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

BALLENT, Anahí, DAGUERRE, Mercedes y SILVESTRI, Graciela

Cultura y proyecto urbano. La ciudad moderna, CEAL, Buenos Aires, 1993.

BARRIERA, Darío

“La ciudad y las varas: justicia, justicias y jurisdicciones (ss. XVI-XVII)”, en *Revista Historia del Derecho*, XXXI, Buenos Aires, 2003.

“La inutilidad de la historia: de Tácito a Cromagnon”, en *Contrahistorias*, núm. 5, Morelia, 2005.

BENJAMIN, Walter

“París capital del siglo XIX”, en *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 1998 [1935].

BERMAN, Marshall

Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad, Siglo XXI, Buenos Aires, 1989 [1981].

BOURDE, Guy

Buenos Aires: urbanización e inmigración, Huemul, Buenos Aires, 1977.

BUSQUET BOMENY, Helena María

“La historia como vocación. Entrevista a Richard M. Morse”, en *Secuencia*, núm. 19, Instituto Mora, 1991.

CARDOSO, Fernando H. y FALETTO, Enzo

Dependencia y desarrollo en América Latina, Siglo XXI, México, 1969.

CASTELLS, Manuel

Imperialismo y urbanización en América Latina, Gustavo Gilli, Barcelona, 1973.

–compilador– *Estructura de clases y política urbana en América Latina*, SIAP, Buenos Aires, 1974.

Sociología del espacio industrial, Ayuso, Madrid, 1977.

CEPAL

“Algunos problemas regionales del desarrollo de América Latina vinculados con la metropolización”, en SCHTEINGART, Marta –compiladora– *Urbanización y dependencia en América Latina*, SIAP, Buenos Aires, 1973.

CORAGGIO, José Luis

“Hacia una revisión de la teoría de los Polos de Desarrollo”, en *EURE*, Vol. II, núm. 4, Santiago de Chile, 1972.

DI TELLA, Guido y ZYMELMANN, Miguel

Las etapas del desarrollo económico argentino, Eudeba, Buenos Aires, 1967.

DE CERTEAU, Michel

La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer, Universidad Iberoamericana, México, 1996.

ECHENIQUE, Marcial

Modelos matemáticos de la estructura espacial urbana. Aplicaciones en América Latina, SIAP, Buenos Aires, 1974.

ENGELS, Friedrich

La situación de la clase obrera en Inglaterra, Futuro, Buenos Aires, 1965 [1845].
Contribución al problema de la vivienda, en MARX, Karl y ENGELS, Friedrich *Obras escogidas*, T. III, Progreso, Moscú, 1974 [1872].

GERMANI, Gino

“Investigación sobre los efectos sociales de la urbanización en un área obrera del Gran Buenos Aires”, en HAUSER, Philipe –editor– *La urbanización en América Latina*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1967.

Política y sociedad de masas en una época en transición, Paidós, Buenos Aires, 1971.

GORELIK, Adrián

“Miradas sobre Buenos Aires: los itinerarios urbanos del pensamiento social”, en *Punto de Vista*, núm 41, 1991.

La Grilla y el Parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires 1887-1936, UNQ, Buenos Aires, 1998.

“Imaginarios urbanos e imaginación histórica”, en *EURE*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Vol. XXVIII, Santiago de Chile, 2002.

Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.

GUNDER FRANK, André

Capitalismo y subdesarrollo en América Latina, Siglo XXI, Buenos Aires, 1970.

GUTIÉRREZ, Leandro y ROMERO, Luis Alberto

Sectores populares cultura y política. Buenos Aires en la entreguerras, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.

HALPERIN DONGHI, Tulio

“José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 20, núm.78, 1980.

“Un cuarto de siglo en la historiografía argentina (1960-1985)”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 25, núm. 100, 1986.

HARDOY, Jorge Enrique

Las ciudades precolombinas, Infinito, Buenos Aires, 1964.

Las ciudades en América Latina, seis ensayos sobre urbanización, Paidós, Buenos Aires, 1972.

HARDOY, Jorge Enrique y MORENO, Oscar

“Tendencias y Alternativas de la Reforma Urbana”, en *Desarrollo Económico*, Vol. XIII, núm. 52, 1974.

HARDOY, Jorge Enrique y MORSE, Richard –compiladores–

Nuevas perspectivas en los estudios sobre historia urbana Latinoamericana, GEL, Buenos Aires, 1989.

HAUSER, Philipe –editor–

La urbanización en América Latina, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1967.

HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor

Dialéctica del iluminismo, Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

- LIERNUR, Jorge F. y SILVESTRI, Graciela
El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1914), Sudamericana, Buenos Aires, 1993.
- MILANESIO, Natalia
 “La ciudad como representación. Imaginario urbano y recreación simbólica de la ciudad”, en *Anuario de Espacios Urbanos. Historia-Cultura-Diseño*, México, 2001.
- MORSE, Richard
 “Primacía, regionalización, dependencia: enfoques sobre las ciudades latinoamericanas en el desarrollo nacional”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 11, núm. 41, abril-junio, 1971.
La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos, SIAP, Buenos Aires, 1971.
 “A Framework for Latin American Urban History”, en HARDOY, Jorge Enrique –editor– *Urbanization in Latin America: approaches and Issues*, Anchor Books, Nueva York, 1975.
 “Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)”, en HARDOY, Jorge Enrique, MORSE, Richard y SCHAEDEL, Richard –compiladores– *Ensayos históricos-sociales sobre urbanización en América Latina*, SIAP-CLACSO, Buenos Aires, 1978.
El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo, Siglo XXI, México, 1982.
 “Ciudades ‘periféricas’ como arenas culturales (Rusia, Austria, América Latina)”, en MORSE, Richard y HARDOY, Jorge *Cultura urbana latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires, 1985.
- PERROUX, François
L'économie des jeunes nations, PUF, Paris, 1962.
- PESAVENTO, Sandra Jathay
 “Moito além do espaço: por uma história cultural do urbano”, en *Estudios Históricos*, Vol. 8, núm. 16, 1995.
- PICK, Burton
The image of the City in Modern Literature, Princeton University Press, Princeton, 1981.
- QUIJANO, Aníbal
Dependencia, urbanización y cambio social en Latinoamérica, Mosca Azul, Lima, 1977.
- RAMA, Ángel
 “La ciudad letrada”, en MORSE, Richard y HARDOY, Jorge Enrique *Cultura urbana latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires, 1985.
- ROLDÁN, Diego
 “La construcción de la urbe y de la ciudad en la historiografía argentina. Un vistazo al último medio siglo”, en BARRIERA, Darío y ROLDÁN, Diego –compiladores– *Territorios, espacios y sociedades. Agenda de problemas y tendencias de análisis*, UNR Editora-Serie Materiales de Cátedra Escuela de Historia, Rosario, 2004.
- ROMERO, José Luis
Latinoamérica, las ciudades y las ideas, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005 [1976].
- ROSTOW, Walt Withman
Las etapas del desarrollo económico: un manifiesto anticomunista, Siglo XXI, Madrid, 1973 [1961].

SARGENT, Charles S.

The Spatial Evolution of Greater Buenos Aires, Center for Latin American Studies, Arizona State University, Arizona, 1974.

SARLO, Beatriz

Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.

“Olvidar a Benjamin”, en *Punto de Vista*, núm. 53, noviembre de 1995.

SCOBIE, James

Buenos Aires, del Centro a los Barrios, 1870-1910, Solar, Buenos Aires, 1977 [1974].

SCHORSKE, Carl E.

Viena fin de siècle, Gustavo Gilli, Barcelona, 1981 [1961].

SCHTEINGART, Marta –compiladora–

Urbanización y dependencia en América Latina, SIAP, Buenos Aires, 1973.

SILVA, Armado

Imaginario urbano. Bogotá y Sao Paulo, cultura y comunicación urbana en América Latina, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992.

YALUR DE TOBAR, Margot y CHIRICO, María Magdalena

“Clase obrera, anomia y cambio social”, en *Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR)*, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, núm. 9, 1967.

YUJNOVSKY, Oscar

La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano, SIAP, Buenos Aires, 1971.

“Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires (1880-1914)”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 14, núm. 54, 1974, pp. 329-372.

Sandra R. Fernández es Doctora en Historia, Master en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, así como Licenciada y Profesora de Historia egresada de la UNR. En la actualidad es miembro de la Carrera del Investigador Científico de CONICET y docente de grado y postgrado de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Su trayectoria se ha desarrollado dentro del campo de la historia local y regional siendo directora y miembro de distintos grupos de investigación con proyectos subsidiados por CONICET, Fundación Antorchas y la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la UNR. Es autora de sendos capítulos en dos obras de reciente aparición dedicadas a la historia de Rosario y posee numerosas publicaciones en revistas científicas y textos académicos.

Anacleto Pons y **Justo Serna** son profesores de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia. Su larga trayectoria docente e investigadora les ha permitido dedicarse a áreas diversas, pero sobre todo han trabajado en la historia social y cultural y en la historiografía. En este sentido, es destacable *La ciudad extensa*, un libro ya clásico que analiza el grupo social dominante en la ciudad de Valencia a mediados del siglo XIX. De reciente aparición es una obra de reciente aparición, que estudia a un miembro de esta burguesía ciudadana a partir del diario que escribió: *Diario de un burgués. La Europa del siglo XIX vista por un valenciano distinguido* (Los Libros de la Memoria, 2006). En cuanto a los estudios de historiografía, publicaron *Cómo se escribe la microhistoria* (Cátedra, 2000), un ensayo sobre la obra del historiador italiano Carlo Ginzburg y *La historia cultural. Autores, obras, lugares* (Akal, 2005), que evalúa los rasgos fundamentales de esta práctica historiográfica. Asimismo, han traducido varios libros, como la conocida biografía de Fernand Braudel que elaboró Giuliana Gemelli o *Pasión por la historia*, una larga entrevista con Natalie Zemon Davis. Además, son autores de un sinnúmero de artículos sobre los citados temas en diversas revistas y compilaciones.

apons@uv.es

Justo.Serna@uv.es

Susana Bandieri es profesora de la Universidad Nacional del Comahue (Neuquén, Argentina). Es Doctora en Historia e investigadora del CONICET. Precursora de los estudios regionales en el campo de la Historia, los grupos de investigación sobre la región norpatagónica –por ella dirigidos– son unos de los de mayor trascendencia en el país. Además, dirige el Centro de Estudios de Historia Regional (CEHIR) de la Facultad de Humanidades (UNCo) y es actualmente Presidenta de la Asociación Argentina de Historia Económica (AAHE). Ha publicado sus balances teórico-metodológicos y temáticos sobre el tema en distintas revistas y libros especializados.

sbandier@uncoma.edu.ar

Andrea Reguera es Doctora en Historia y Civilizaciones por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Se desempeña como docente de Historia Americana en el Departamento de Historia de dicha Universidad, del que fue Directora. Es Investigadora Adjunta del CONICET y dirigió el *Anuario IEHS*. Recientemente ha publicado *Patrón de Estancias. Ramón Santamarina: una biografía de fortuna y poder en la pampa* (Eudeba, Buenos Aires, 2006) y *Los rostros de la modernidad. Vías de transición al capitalismo. Europa y América Latina, ss. XIX-XX* (Prohistoria Ediciones, Rosario, 2006).
areguera@ciudad.com.ar

Darío G. Barrera es Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Rosario y Doctor en Historia por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París (EHESS). Cursó estudios posdoctorales en la UNAM, México. Es miembro del Centro de Estudios Sociales Regionales (CESOR) y director de la revista *Prohistoria*. Fue Profesor Invitado en Universidades mexicanas, españolas, francesas y argentinas. Actualmente, se desempeña como profesor titular ordinario de la asignatura “Espacio y Sociedad” en la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR y es miembro de la Carrera del Investigador Científico de CONICET. Dirigió la colección *Nueva Historia de Santa Fe* (12 volúmenes, La Capital, 2006) y entre sus publicaciones más recientes se cuenta *Vers une histoire politique configurationnelle. Conquérants, familles et rapports de pouvoir dans une ville aux confins de l'Empire Espagnol-Santa Fe, Río de la Plata, XVI-XVII siècles* (Lille, 2007).
dgbarriera@yahoo.com.ar

Diego P. Roldán es Licenciado y Profesor de Historia por la Universidad Nacional de Rosario. Es profesor de las cátedras de Espacio y Sociedad y Europa IV (Contemporánea) de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Es miembro del Comité Editorial de la Revista *Prohistoria* y del Centro de Estudios Sociales Regionales. Becario de formación doctoral del CONICET. Participa de varios proyectos de investigación y es autor de artículos que abordan problemas en los que se vincula sociedad, política, espacio, trabajo y tiempo libre. Compiló con Darío G. Barrera el libro *Territorios, espacios, sociedades. Agenda de problemas y principios de análisis* (UNR Editora, 2004). Es autor de *Del Ocio a la fábrica. Sociedad, espacio y cultura en barrio Saladillo. Rosario 1870-1940* (Prohistoria Ediciones, 2005) y del tomo 10 de la *Nueva Historia de Santa Fe*, titulado *La sociedad en movimiento. Expresiones culturales, sociales y deportivas (siglo XX)* (Prohistoria Ediciones-La Capital, 2006).
diegrol@hotmail.com

Débora Cerio es Profesora de Historia, graduada en 2005 en la Universidad Nacional de Rosario. Desde 2001 se desempeña allí como docente en la cátedra de Problemática Histórica. Forma parte del Centro de Estudios de Historia Obrera (UNR), vinculada con proyectos de investigación relacionados con la protesta social y el sindicalismo antiburocrático. Estos mismos ejes han estructurado su participación en congresos y jornadas, centrándose su producción en el estudio de los procesos de conformación de sindicatos antiburocráticos en el cordón industrial del Gran Rosario, así como en cuestiones teóricas y metodológicas relativas a su abordaje.

rayuela63@hotmail.com

Gabriela Aguila es Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Rosario. Es Profesora Titular en Historia Europea Contemporánea e Historia Latinoamericana en las carreras de Historia y Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes, y Directora de la Escuela de Historia de la UNR. Sus investigaciones se han centrado en problemas de historia latinoamericana y europea del siglo XX en clave comparada y en aspectos de la historia argentina reciente; sus trabajos han sido publicados en libros y revistas especializadas en el país y el exterior. En los últimos años se ha abocado al estudio de la historia social y la memoria de la última dictadura militar en el plano local y regional.

gbaguila@ciudad.com.ar

Elvira Scalona es Licenciada y Profesora en Historia egresada de la UNR. Profesora Ordinaria del Instituto Politécnico Superior “Gral. San Martín” y JTP de la cátedra Residencia del Profesorado en Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, ambas instituciones de la UNR. Especializada en didáctica de la Historia e integrante de proyectos de investigación vinculados con la enseñanza de la historia local y la historia reciente.

escalona@fhumyar.unr.edu.ar